

JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI

La tía Asunción

N.º 25

Lectulandia

Alfonso salía con Asun, pero un día se da cuenta de que a quien quiere es a la hermana de Asun, Pepa, con quien se casa.

A los pocos meses de casados, Alfonso muere en un accidente. El niño que nace después, Alfonsito, es objeto de cuidados desmedidos, enfermizos, por parte de Asun, su tía, que recordaba en él su amor por Alfonso…

Juan Antonio de Zunzunegui

La tía Asunción

La novela del sábado - 25

ePub r1.0
Titivillus 14.08.2023

Título original: *La tía Asunción*
Juan Antonio de Zunzunegui, 1953
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A mi sobrina María Begoña de Zunzunegui



Protéjalos con un Seguro de Vida

que les garantice el logro de sus aspiraciones y un punto de apoyo para encauzarse definitivamente hacia el éxito en su vida.

Oiga

-como la voz de un amigo- el consejo del Agente de

LA "SUD AMERICA"

COMPAÑIA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

(Inscrita en el Brasil con el nombre de "Sul América")

DIRECCION GENERAL PARA ESPAÑA: PLAZA DE CANOVAS, 4

MADRID

Si desea recibir un folleto ilustrado sobre el Seguro de Vida, envienos su nombre y apellidos, domicilio y edad de Vd. y de sus hijos.

Aprobado por la Direccion General de Seguros

A FATIMA

Y LISBOA

Salida los 17 de cada mes
EN AUTOPULLMAN
8 días de viaje

VISITANDO:

OROPESA
MERIDA (Circo Romano),

LISBOA

(Excursión a Estoril, Cascaes y Cintra),

FATIMA,

COIMBRA,

CIUDAD RODRIGO, etc.

Precio desde **2.530** Ptas.

WAGONS-LITS//COOK

(A. V. G. A. T., 5)

Informes e inscripciones

Alcalá, 23, Calvo Sotelo, 14, Palace Hotel
o en cualquiera de nuestras agencias en España


MARCONI
CALIDAD,
SELECTIVIDAD,
FIDELIDAD.
Son las principales características del receptor
L-155
AGENCIAS Y DISTRIBUIDORES
EN TODAS LAS CAPITALES

BANCO HISPANO AMERICANO

MADRID

Capital desembolsado. . 400.000.000 Ptas.

Reservas. . . . . 510.000.000 Ptas.

CASA CENTRAL

Plaza de Canalejas, núm. 1

SUCURSALES URBANAS:

Alcalá, núm. 68

Atocha, núm. 55

Avda. José Antonio, n.º 10

Avda. José Antonio, n.º 50

Bravo Murillo, n.º 300

Conde de Peñalver, núm. 49

Duque de Alba, n.º 15

Eloy Gonzalo, n.º 19

Fuencarral, núm. 76

J. García Morato, 158 y 160

Lagasca, núm. 40

Mantuano, núm. 4

Mayor, núm. 30

P.zo Emperador Carlos V, 5

Rodríguez San Pedro, 66

Sagasta, núm. 30

San Bernardo, n.º 35

Serrano, núm. 64

Aprobado por la Dirección General de Banca y Bolsa con el número 1.295


Señora:
He aquí su
media Nylón
de alta calidad
elástica,
y
de precio...
nada caro!
Vilma
KNIT OF DUPONT NYLON
PIDALA A SU HABITUAL PROVEEDOR
EXIJA ESTA MARCA EN EL SOBRE Y EN LA MEDIA

UN CONCURSO DE NOVELAS CORTAS

De acuerdo con lo repetidamente anunciado, el Concurso de novelas cortas, abierto por "LA NOVELA DEL SABADO", se cerró el día 1.° de octubre. Los originales recibidos sobrepasan la cifra de doscientos.

En los números sucesivos publicaremos una relación de los títulos y de los lemas de las plicas.

Una vez más se previene que será devuelto a su autor todo ejemplar recomendado.

PROXIMO NUMERO

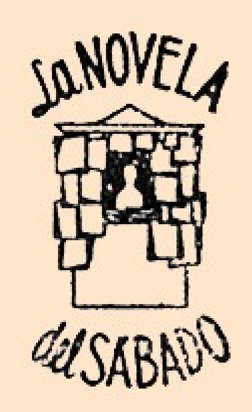
Memorias de un Caza-dotes.—Francisco García Pavón.

NUMEROS PUBLICADOS

1. **Luisa, el profesor y yo.**—José María Pemán.
2. **Trayecto uno.**—Elena Quiroga. (Premio Nadal.)
3. **La canción del recuerdo.**—César González-Ruano.
4. **Los 38 asesinatos y medio del Castillo de Hull.**—Enrique Jardiel Poncela. (Número homenaje.)
5. **Los amores de Antonio y Cristina.**—Pío Baroja.
6. **Café de Artistas.**—Camilo José Cela.
7. **Un noviazgo.**—Carmen Laforet. (Premio Nadal.)
8. **La gota de sangre.**—Emilia Pardo Bazán.
9. **La casa sin hombre.**—Felipe Sassone.
10. **El loco.**—Miguel Delibes. (Premio Nadal.)
11. **La pequeña vida.**—Ana María Matute.
12. **Nómada.**—Gabriel Miró.
13. **Ha pasado una sombra.**—Luis Romero. (Premio Nadal).
14. **Cuando yo me llamaba Harry.**—Tono.
15. **Piropo.**—Rafael López de Haro.
16. **Garuda, o la cigüeña blanca.**—Juan Valera.
17. **Yo escogí la soledad.**—Noel Clarasó.
18. **Un pobre hombre.**—Federico Carlos Sáinz de Robles.
19. **El perro del extraño rabo.**—Mercedes Ballesteros (Baronesa Alberta).
20. **Llama de cera. El jayón.**—Concha Espina.
21. **Gran Turismo.**—Francisco de Cossío.
22. **Los revólveres hablan de sus cosas.**—Antonio Mingote.
23. **El crimen inútil.**—Luis Antonio de Vega.
24. **Doña Berta.**—Leopoldo Alas "Clarín".

JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI

LA TIA ASUNCION



AÑO I

NUM. 25

Cuando Asunción Echevarría volvió del «Loreto College», en «Saint Albans, Hants», cerca de Londres, su entrada en la vida social de la ciudad fué deslumbrante y espectacular.

Se abría ante ella un porvenir dorado y halagüeño. Hija de don Pablo Echevarría, uno de los navieros mas fuertes de la matrícula de Bilbao, y propietario importantísimo en la Gran Vía, que empezaba entonces a levantarse en Madrid. Su nombre, reverencialmente aureolado, sonaba siempre en corrillos y tertulias seguido de ejército de ceros. La madre, doña Rita, era de una familia distinguidísima de banqueros.

El matrimonio tuvo dos hijas, Asunción: Asun, como la llamaban en la intimidad, y María Josefa: Pepa.

Asun era la debilidad de tío Enrique, su padrino, financiero solterón. Por parte de padre tenía una tía, viuda y sin hijos, Adela, que había estado casada con un indiano opulento, dueño de unas minas de cobre en Chile.

A Asun «le amenazaban» con caer sobre sus hombros, el día de mañana, la fortuna de tío Enrique, que se susurraba era pingüe y saneada, y parte de la de tía Adela. En fin, que iban a ir a descansar a ella, como a un gran río una serie de caudalosos afluentes…

Pero hablamos de la gran fortuna que con el tiempo amasaría Asun y no hemos indicado aún cómo está amasada ella.

Cuando llegó del «Loreto College» y asistió al primer baile del Marítimo, tenía los dieciocho años mejor orquestados de la villa invicta. Alta, con un pelo que tiraba a azul, por lo negro, y una frente serena y atrevida, a cuyos pies se abrían, insondables, unos ojos verdes y rasgados, y una boca bien dibujada sobre la que aleteaba la más fina y recta nariz, todo montado en un cuerpo elegante y elástico que derramaba su raza y señorío hasta los nerviosos tobillos…

Su presencia producía ese pasmo que origina la hermosura por el simple hecho de manifestarse itinerante. Así, en marcha, las miradas de todos confluían a ella como las aguas a la mar.

En la vida social de Bilbao, tan súbita aparición tuvo caracteres de apoteosis… Pero en seguida empezaron las rebajas.

—Sí, es preciosa, pero es sosita, es mucho más salada y divertida su hermana Pepa —oponían las mujeres.

Pepa era guapa, sin extremosidades, y más ingeniosa, graciosa y zaragatera que su hermana, que tenía un poco de la sequedad fría y armoniosa de las estatuas.

—Es que la belleza, cuando llega a esa rara perfección, resulta un tanto engorrosa de llevar —disculpaban algunos hombres.

—Si se pudiese uno desvestir de ella como quien se quita unos zapatos que oprimen y quedar algunos ratos del día en zapatillas de hermosura… qué gusto, pero cuando se llega a ser belleza, oficial y museal hay que aguantar esa carga las veinticuatro horas del día… y, resulta una lata.

Pepa era picante, desenvuelta, de respuestas rápidas e intencionadas, y con un lagartijeo de ojos y un repajolero encanto, que se llevaba tras de sí los corazones.

Asun, no ponía nada de su parte. Era la belleza redonda, quieta, y sin orillas. Los demás ponían todo por ella. En su misma casa era el ojito derecho de la madre. Y esta misma inclinación materna predisponía a don Pablo a su favor. Además, era la mayor y la más guapa, y en eso del cariño da dos veces quien primero llega.

—Os advierto que tan hija vuestra soy yo…, me parece, a no ser que me hayáis sacado de la Inclusa, en cuyo caso decírmelo de una vez para saber a qué atenerme —bromeaba Pepa.

Doña Rita se ponía colorada, como si la cogiesen en un renuncio, y el padre se reía.

Sin embargo, no había celos ni envidias entre ellas, y las dos hermanas se querían.

La entrada en sociedad de Asun fué un acontecimiento mundano que su hermana fué la primera en celebrar. Sólo de tarde en tarde se ensamblaban hermosura y riqueza en esta medida, y natural es que los jóvenes en condiciones de optar se dispusiesen a la batalla con frescas fuerzas. Ella tenía ya, como se dice en su pueblo, «el ojo echado», y sólo cuando el elegido se insinuó, los demás abandonaron el campo. El sarcasmo no tuvo nada qué hacer.

Formaban una pareja espléndida.

Alfonso era alto, bien parecido. Sus espaldas daban un socaire seguro a la mujer más débil y temerosa. Hijo tercero de cinco, primer varón, de un rico minero del país. El padre había conseguido la ilusión de hacer del chico un ingeniero de minas. Por aquella época en Vizcaya los mineros, hombres de

talento práctico, pero muy poco cultos, a la hora de la explotación tenían sus chafalditas para los ingenieros poniendo en duda su ciencia, sin que fuese óbice a que suspirasen luego por un hijo ingeniero para completarse con él. Y es que en el fondo los padres aspiran a que sus hijos sean su fe de erratas.

Alfonso era noblote, laborioso, tímido y poco brillante. Se encontraba más a gusto ante el azul ferroprusiato de un plano que en un salón entre mujeres… pero había que casarse y resolver el problema sexual católicamente y pronto, para seguir subiendo todas las mañanas a la mina tranquilo a esperar lo que viniese…

Asun parecía la más enamorada de los dos. Bajo el fragor verde de su mirada latía un corazón apasionado y una sangre tumultuosa.

Los padres de ambos se alegraron ante la posibilidad de unir más las dos familias.

Asun gustó de los primeros gajos del noviazgo con delectación y orgullo. Alfonso, por su talento, su figura y su riqueza era una de las mejores «proporciones» del país.

Los días de fiesta los aprovechaban para salir en el coche o en el balandro. A veces les acompañaba Pepa. «Mi cuñadita», como la llamaba Alfonso. Quien llevaba siempre la voz cantante. Era muy ocurrente, y una sana vitalidad vestía su palabreo gracioso. Su misma hermana se reía con sus ocurrencias. Esta Pepa es el demonio… pensaba más de una vez Alfonso oyéndola. Pero no eran sólo su dicacidad y su ingenio los descollantes, sino su criterio y su sazonado equilibrio para juzgar las cosas. Porque era inteligente y fría, bajo su desparpajo brillante.

Por entonces en Bilbao estaba mal visto que unos novios saliesen solos en automóvil, y mucho más en balandro. De ahí que estas escapadas de los tres fuesen frecuentes.

Asun daba la impresión, muchas veces, de que tenía bastante con portear su hermosura. Había días que la ostentaba como quien lleva una custodia. Este ser hermosa, hermosa hasta el cansancio, hace a la mujer excesivamente ocupada en su belleza, no dejándole tiempo para atender lo demás. Este saberse objeto de las miradas de todos, del dardeo visual insistente de todos acaba envarando a «la bella» vistiéndola de una fabulosa fatiga. Cuando se es bella a extremo sumo parece que no se puede ni se debe ser otra cosa, y esto obstaculiza el trato llano con los demás, porque la hermosa, casi sin darse cuenta, acaba instalándose en su belleza, y con lo bien que se debe encontrar allí, quién es la que se decide a apearse de ella a cada momento.

En Pepa, la belleza, con ser picante y graciosa, era limitada, no tenía esa atosigante extensión oceánica de la de su hermana y podía vaciar a lo demás.

Por eso Alfonso la escuchaba, la oía, y tomaba en cuenta sus juicios, y a veces en su trabajo recordaba sus facecias y sus comentarios.

Asun imponía, las virtudes, como los vicios llevados a su extremo imponen. Esta misma alabanza y ojeo venatorio la hacia un poco novia de todos, envidiada de todos, y una vigilancia obcecante la mantenía en alto explendente como inaccesible.

Pepa tenía el encanto subyugador de la belleza no desmedida… esa que deja maniobrar a las demás facultades del alma. Belleza para amar y andar por casa, belleza disfrutable. Que no ahoga ni avasalla la personalidad… Con la que se puede ser todo y hasta simpática. Una belleza en la que da gusto apoyarse y mirar y charlar con ella y comentar los acaecimientos…

Por eso sin casi darse cuenta Alfonso de los primeros minutos contempladores de Asun y de las palabras habituales con ella, pasaba a la gracia vivaz de Pepa, belleza en movimiento, sin gran peso, sin gran consistencia…; una de esas hermosuras mesuradas, incorrectas, jugosas, que no dan el do de pecho nunca… Belleza que no infunde respeto ni temor, pero que da ganas de cogerla con las dos manos y besarla con frecuencia… Hasta aquel día en que Alfonso sin darse cuenta le preguntó a su novia:

—¿No viene Pepa?

Le miró como muerta dándose cuenta de todo lo que sospechaba. Él bajó avergonzado la cabeza.

—No… no ha venino —le dijo ella reponiéndose—, pero si quieres estamos a tiempo de avisarla.

Aturrulló una disculpa.

Hicieron el paseo hasta la punta del contramuelle casi en silencio. Alfonso iba pensando; «La verdad es que a quien yo quiero es a Pepa. Es la que me descansa, me divierte y distrae. La que tiene mejor juicio y criterio… y la que hasta para ser guapa es prudente. Mi novia es la atracción, potente y subyugadora. Su belleza tiene un radio de acción ilimitado, pero junto a ella a la larga viene el hastío… Todo lo perfecto y desmedido acaba cansando».

—Al segundo día de acompañarnos Pepa noté que quien te interesaba de verdad era ella.

—No lo creas, es que Pepa es muy lista y simpática, y, claro, su ausencia se nota en seguida… pero querer, querer, a quien yo quiero es a ti.

—No seas embustero.

Luego piensa: por lo oído, a mí me ocupa tanto la belleza que no me deja sitio para ser lista ni simpática.

Él se puso a mirar al mar y no se atrevió a decirle nada.

La gente que se cruzaba con ellos les contemplaba embebecida. La verdad es que era una pareja de selección. Pero Alfonso se decía escuchando su corazón: «Lo cierto es que prefiero a Pepa para madre de mis hijos y para convivir; para ese dulce estar estando que debe ser la vida de hogar, sin desmesura ni demasías de un lado ni de otro… Porque la verdad es que con esta mujer imponente va uno un poco vendido y como disminuido», y la miró de reojo y observó que los mismos peces sacaban el morrillo para contemplarla y los chipirones afloraban a la superficie tendiendo en su honor arcos de tinta.

«Allí donde esté tiene la particularidad de absorber la atención», pensó Alfonso, y la volvió a mirar e iba triste con una tristeza sumisa y desflecada.

Al día siguiente, a la hora de verse, salieron las dos hermanas.

—Aquí la tienes —le indicó Asun a Alfonso.

Pepa adelantó un paso y quedó frente a él.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

—Eso pregúntaselo a tu hermana… —Y la miró a los ojos y vió que los tenía como de haber llorado.

Caminaron llevándole a él en medio.

—Anda, dile lo que le tengas que decir —le animó Asun a su novio.

Pero Alfonso no despegó los labios.

Después de un rato Pepa preguntó:

—¿Pero qué pasa aquí?

—Este que se ha asustado y tiene miedo.

—¿Miedo a qué?

—Él te lo dirá.

Se volvió iracundo y le exigió a su novia:

—¿A qué viene esto?

Asun se echó a llorar.

Fué un momento de angustia para todos.

—¿Qué pensará la gente qué nos está mirando? —le susurró Pepa.

Pero ella siguió desaguando su pena.

Se volvieron a casa.

Al día siguiente Alfonso esperó, impaciente y temeroso. Salió sola Pepa.

—No me hables nada ni me preguntes nada —le suplicó.

—Esto es una «transmisión de noviazgo» —pensó, y la aceptó alegremente resignado.

Pero todo tiene un límite, hasta el silencio, y al fin hablaron y se entendieron.

Asun tuvo que guardar cama del berrinche. «El todo Bilbao» comento la noticia:

—Ya ven ustedes este chico, que parecía tan serio y tan formal —oponía una dama provecta—, y ahora resulta que por quien está él no es por la que era su novia, sino por la hermana, con la que ha acabado entendiéndose… ¡Ay, qué hombres éstos, si sabrá una lo que quieren!

—Pues bien claro está lo que quiere éste —le sonríe una amiga.

Las mujeres jóvenes cayeron sobre Pepa vengativas y envidiosas. En los hombres las opiniones eran para todos los gustos.

Cuando Asun abandonó el lecho, su tío Enrique se la llevó a San Juan de Luz, y luego a su casa de Madrid.

Septiembre consumía sus últimas brasas.

Alfonso se entrevistó con los padres de Pepa, que le recibieron secamente, y dispuso la boda para fin de año.

Se casaron en San Nicolás. Era una mañanita fría y ventosa. Al salir de la iglesia un barquito carbonero tiraba, sobre los plátanos desnudos del Arenal, el lamento de su sirena como un sollozo.

Toda la familia se puso de parte de Asun. Doña Rita, fué tal el disgusto que tuvo, que ni su confesor, el padre Anduiza, pudo evitar diese la campanada de no ir a la boda de la hija.

La pobre Pepa se debatía angustiosa, y sobre todo lo que la apenaba más era el enfado de su madre, que ni siquiera la visitaba.

—Pero qué culpa tengo yo de todo esto —se le quejaba a su padre— jamás pasó por mi imaginación el quitar el novio a mi hermana. Si salí con ellos, al principio, en el balandro, y en el coche fué porque la misma mamá y Asun me lo pedían. Yo me manifestaba ante Alfonso como la que soy, no sabía hacerlo de otra forma. Él me ha confesado muchas veces antes y después de casados cómo sintió el deslumbramiento de mi hermana, de quien creyó estar enamorado, y luego al tratarnos y encontrarse conmigo más cómodo, seguro y contento, y pensar en mí como un apoyo y una cariñosa compañera y consejera en su vida, fué de mí de quien de verdad se enamoró… Esto y otras cosas se las confesó a Asun antes de terminar con ella ¿y qué hay de malo en mi conducta si después de haber roto el compromiso con mi hermana yo le acepté? ¿O es que por el hecho de que se hubiera

puesto en relaciones con ella ya no iba a poder Alfonso casarse con ninguna mujer?…

—Sí, ya sé hija: sí, ya sé, porque tu mismo marido me lo ha asegurado que tu actitud y tu conducta no han podido ser más correctas.

—¿Entonces por qué mamá se enfada conmigo y no quiere saber de mí nada…? ¿Es que yo no tengo derecho a casarme?

—Déjalo de mi mano, hija, que con el tiempo lo iré arreglando.

La discordia en la familia por el motivo de que Pepa, en uso de su perfecto derecho, recogiese al marido, que se le vino a las manos, fué espantosa. La madre, el tío Enrique y la misma tía Adela hicieron causa común. Alfonso llegó a enfadarse mucho.

—Escuche usted, don Pablo, si alguna culpa hay en todo esto es mía, que no corté enseguida mis relaciones con Asun, o por timidez, o porque no me daba ella motivos sino todo lo contrario. De modo que yo me hago responsable de todo; dígaselo así a doña Rita, pero no estoy dispuesto a que con su conducta y sus opiniones hagan sufrir a mi mujer lo que la están haciendo sufrir.

Mientras tanto en Madrid Asun, en casa de su tío Enrique, llevaba una vida insustancial y alocada. Su tío mismo, tal vez para que olvidase a Alfonso, favorecía esta disipación. Cenas y vida de «boites» hasta la madrugada. Reuniones diplomáticas; fiestas camperas… etc…

Su belleza, y su fama de bilbaína millonaria, la rodearon de facilidades y de enconados y galantes asedios… Pero cuando descansaba la cabeza en la almohada se acordaba siempre de Alfonso y le entraba una enorme congoja. Así se le fué el invierno sin apetencia por ninguno de sus galanteadores, con una cenizosa desilusión y una gran tristeza en el alma…

Estando con tío Enrique en París, donde se encontraban para hacer un viaje por Europa central, se enteró de la muerte de Alfonso. El disgusto y la alegría se entrechocaron en ella produciéndole una extraña excitación nerviosa. Luego deploró el remusgo de venganza que en el primer momento le brotara…

Lloró copiosamente.

El tío pidió en seguida conferencia con Bilbao.

—Parece tenía el encargo de hacer el informe de unas minas de casiterita en la provincia de Orense, y al volver en el coche a Bilbao, el chauffeur se despistó y han ido por un barranco abajo.

Asun se acordó de su hermana, y ahora le dió una enorme pena… Pero experimentaba en todo su organismo como un desahogo funcional, tal si se

sintiese aliviada de un descomunal peso.

—Bueno ¿y qué hacemos?

—Tú lo que quieras; yo me vuelvo a Bilbao.

—Tienes razón; no es momento para seguir el viaje.

Avisaron que salían aquella noche, y a la mañana siguiente les esperaba en Irún el auto de casa.

Conforme se acercaban hablaban menos tío y sobrina. Encontraron a la pobre Pepa desolada.

Se abrazaron las dos hermanas.

—¡Ha sido horrible, horrible! —gemía Pepa.

Doña Rita, al saber la tremenda desgracia, había ido corriendo a consolar a la hija, dando ya todo de lado.

—Esto ha sido espantoso… ya veis, ya veis —les decía a Asun y a Enrique, don Pablo.

Desde que llegaron, Asun no quitó el ojo de encima de su hermana. En un aparte con ella le preguntó:

—¿Has quedado embarazada?

—Sí.

La contempló con una descomunal envidia.

—¿Qué miras así? —inquirió Pepa asustada.

—¡Nada, mujer! —le contestó bajando la cabeza.

Asun volvió a encontrarse en casa de sus padres como si despertase de un sueño.

La relación entre las dos hermanas no acababa de ser normal. Iba en la mirada, de la una a la otra, algo imponderable. Acabaron viéndose poco. Pero en cuanto encamó Pepa para dar a luz, fué Asun quien primero estuvo a la cabecera del lecho.

Lo preparó todo y estuvo pendiente de ella como una diestra comadrona…

—Estáte quieta, no te preocupes; ya sabes lo que te ha recomendado el médico —le aconsejaba.

—Eres muy buena conmigo —le dijo Pepa agradeciéndole la palma en la frente.

En el momento del parto estuvo allí dándole la mano, en la que se dejó gustosa clavar las uñas como si así el hijo, con el dolor, fuese un poco de ella. Cuando asomó y salió entre grandes desgarros le pareció ser ella la que había dado a luz. Todo su cuerpo se aflojó y distendió como en una exoneración.

—¿Es chico, verdad?

—Sí.

—Más vale.

Y se dejó caer en una butaca. Pero a poco se erguía y le tranquilizaba la hermana.

—No te apures; ya me ocuparé yo de él.

Y lo fajó, después de bañarle, y le apretó contra su pecho, y le pareció que dentro de él le sonaba una música láctea… Empezó a sentirse madre, que es el más dulce de los oficios.

—Hay que bautizarle en seguida, que estas cosas, ya sabes, cuanto antes se hagan mejor —le advirtió a la hermana.

—En cuanto yo me levante…

—Qué necesidad tienes de levantarte; ya estoy yo aquí para disponerlo todo y llevarle a la iglesia.

—¡Mujer!, pero es que me gustaría asistir al bautizo como madre.

—No te preocupes, te representaré yo.

—Pero ¿por qué tanta prisa?

—Dios no lo quiera, pero si al chico le… vamos le sucediese algo grave sin bautizar, se iría al limbo en vez del al cielo… y fíjate el remordimiento que te quedaría para toda la vida.

—No pienses disparates.

—Tratándose de salvar un alma, en todos los peligros hay que pensar.

Dispuso todo, y antes de que la madre abandonase el lecho bautizaron al chico.

—Por supuesto, le pondremos Alfonso como su padre —había ordenado ella.

—Bueno, mujer.

El chico venía sano y hermoso.

Los abuelos iban frecuentemente a verle a casa de Pepa. Siempre encontraban allí a Asun o pesando la criatura o dándole consejos sobre lo que debía comer al aña fresca, que lo criaba, para que no se le cortase la leche destinada a Alfonsito.

En todo se metía ella y todo lo decidía, hasta cómo y de qué tela debían de ser los culeros de la criatura.

A los suegros de María Josefa, después de lo sucedido, esta intromisión oficiosa de la tía Asun en la vida de su nieto no les agradaba nada. Así se lo insinuaron alguna vez a su hija política.

—Tú verás —le decía la suegra—, pero cualquiera que entre en esta casa pensará que la verdadera madre es ella y no tú.

A Pepa le daba miedo hacerle ninguna reconvención a su hermana. Ya que fué para ella el marido con quien Asun soñó, le parecía natural consentirla jugar un poco a madre con Alfonsito.

Pero había momentos, tan absorbente era, en que parecía ser de verdad la madre del chico, y hasta le llamaba: «ven aquí, hijo; ven aquí», con tal posesiva ferocidad que Pepa asustada se llevaba las manos a la cabeza.

A veces lo tomaba en brazos y se extasiaba mirándole a los ojos, perdida. Dios sabe en qué sueños, luego le apretaba contra su pecho en un acezante deseo de incorporación. Otras pensaba en Alfonso y se lo figuraba, y contemplando al crío le iba adornando el rostro con las facciones del padre, hasta que se le ablandaba el alma y le rodaban las lágrimas.

Desde que había muerto le tenía presente a todas horas y se sentía enamorada y dada a su recuerdo en una fluida dejación absoluta.

A veces le corrían calofríos nerviosos por todo el cuerpo, alzaba a la criatura en alto y la acercaba a su boca, comiéndosela a besos. Otras le entraba un como deseo de huida y de evasión y cogía al mamoncete en brazos y escapaba con él, por las calles, rauda y frenética, hasta que le rendía la fatiga. Pepa salía tras ella pensando: «pero esta mujer se ha vuelto loca». Y cuando después de una tremenda persecución conseguía rescatar su hijo, le palpaba el cuerpecito llena de temores…

—¿Pero qué te pasa?

—No sé… quisiera escapar con el chico, y llevármelo lejos para mí sola… muy lejos, donde no hubiera nadie conocido, y educarle a mi gusto y hacerle hombre y que nadie le quisiese más que yo y a nadie quisiese él más que a mí…

Pepa se llevó las manos a la cabeza horrorizada.

—¡Dios mío! ¿Pero cómo eres así?

—¿Y tú me lo preguntas?

Bajaron la cabeza y volvieron a casa las dos con el crío, sin hablarse. Pepa iba temblando.

Pero a veces Asun estaba más apaciguada y se daba a los cuidados del chico como una madre puntual.

Hasta que se exacerbaba de nuevo su pasión.

—Déjamele, déjamele, que no sé por qué me arreglo yo con él mejor que tú… Además, como habrás notado, el chico se encuentra más a gusto conmigo que contigo.

Volvía a desasosegarse Pepa.

—Para que no sea así será lo prudente no te ocupes tanto de él…; porque la verdad es que soy yo la que lo ha tenido…, vamos, me parece.

Se miraron con una dureza socarrada.

—Ay, hija, parece que te molesta que muestre preferencia por mí… a pesar de los pesares…

—No seas estúpida, comprenderás que el chico, a la edad que tiene, no muestre inclinación por nadie… Sólo tu ansiedad es capaz de notar preferencias en un crío de meses.

—Pues las tiene.

—Pues no las tiene.

Le dió un ataque de nervios a Asun y se puso a gritar.

—Las tiene aunque tú no lo quieras reconocer… y las tiene y las tiene.

Pepa la tomó por la muñeca, furiosa:

—Mira, lo mejor será que te vayas y no vuelvas más por aquí.

—¿Me echas, eh?

—Sí, te echo.

Se desfogó llorando. Dió media vuelta y ganó las escaleras, dando un estrepitoso portazo.

Pepa se fué al crío, lo tomó en sus brazos y lo acunó como una madraza.

Le andaba por la sangre una dulzura telúrica.

«Mi bien». ¿Quién es mi bien? ¿Dé qué carne ha salido esta otra carne? Y lo empezó a besar suavemente. Y luego con más fuerza; con mucha más fuerza. Con un como deseo de volverlo a su prístina materia… hasta que el crío, estrujado, se echó a llorar.

El disgusto en la familia fué tremendo. Doña Rita se presentó en casa de su hija María Josefa a exigirle una explicación.

—A ti te parece bien echar a tu hermana de tu casa como si fuera una criada ladrona… a tu hermana, que ha estado en todo momento ayudándote y vigilando tu hijo… ¿Se puede saber por qué has hecho esto, dime? ¿O es que estás loca?

—Escucha mamá, como vengas en esa actitud me veré obligada a cerraros la puerta de mi casa a ti y a ella.

—Esto me faltaba que oír; mala hija, descastada, que no mereces los disgustos y sinsabores que me he tomado yo por ti; te exijo, ahora mismo… que…

Para evitar la violencia con su madre, Pepa se retiró, encerrándose en su habitación.

Doña Rita al verse sola se fué serenando.

Aquella tarde en seguida de comer, se presentó don Pablo cariñoso y pacífico.

Estaba acostada Pepa y pasó a su alcoba.

La encontró llorando. Se abrazaron.

—Habéis de llevaros bien, como buenas hermanas… Hazlo por mi, hija; hazlo por mi, comprendo toda la razón que te asiste, pero ten en cuenta que la pobre Asun ha sufrido tanto… Después de todo tú fuiste la que te casaste con Alfonso…, y el hijo es tuyo ahora, sólo tuyo…, pero Asun tan preciosa, tan buena y tan perdidamente enamorada como estaba de Alfonso… y ya ves… En ti que fuiste la triunfadora está el perdonar, y en consentirla un poco ahora sus enfermizas manías. Hazlo por mí, hija; hazlo por mí, y para no dar que hablar a la gente… que ya sabes lo mala que es la gente…

—Si; lo haré por ti, padre, calla…; que vuelva cuando quiera y la madre también. Si yo comprendo todo y le agradezco a Asun la compañía que me ha hecho y todo lo que se desvive por mi hijo, pero es que a veces… no sé, le da como un ramalazo de locura con el chico y me da miedo… Si tú la vieras, hay días en que le mira de tal forma y le aprieta contra su pecho, con tal frenesí… que no sé…, me parece que le va a asfixiar, y me da horror, un horror tremendo a quedarme sin el hijo. Me parece como si pensase: «Ya que no es mío, que no sea para ti tampoco».

—¡Por Dios! Que cosas se te ocurren, no pienses eso otra vez no pienses eso…; si ella es muy buena y muy cariñosa, y por que es muy cariñosa, y por que le ha pasado lo que le ha pasado, es por lo que está un poco nerviosa… y a veces parece lo que no es.

—No sé… me da mucho miedo, un miedo horrible, que, lo comprendo, a veces no sé disimular, y ella me lo nota… Verás, el otro día, cogió el crío en sus brazos y escapó a la calle y corría con él por la acera, y al cruzar la plaza Elíptica, por poco los atropella un camión y los aplasta, a ella y al chico. Pasé un rato horrendo, le arranqué la criatura y no quise saber más de ella.

—¿No vas a pensar que se quería meter bajo las ruedas del camión?

—¡Quién sabe…!

—Eso no lo digas ni en broma.

—Es que tiene momentos de depresión en los que se le desbarajusta la mirada y no sé lo que pensar.

—La pobre hija ha sufrido mucho.

—Sí, lo comprendo, pero yo no tengo la culpa, ni por eso voy a dejar que refitolee en mi casa y disponga de mi hijo como si fuera ella su madre y no yo.

—Si sé que tienes razón, hija, pero a tu hermana hay que tomarla un poco como es; una mujer delicada, nerviosa, que ha sufrido un gran contratiempo… y hay que perdonarla sus debilidades y rarezas…

—Nada tengo contra ella y lo único que deseo es vivir en paz con todos, díselo, y que puede volver por aquí cuando quiera, que me agradará verla como siempre.

Tomó al crío y lo alzó contemplándole embelesada.

—¿Verdad, hijo, qué tú también quieres que vuelva la tía? —le preguntó sabiendo que no le podía responder. Don Pablo hizo unas carantoñas al nieto. Luego se retiró, después de dar un beso a la hija.

Al día siguiente a primera hora apareció Asun; en seguida preguntó por el sobrino sin decir nada a su hermana. Llevaba la mantilla puesta y en las manos el devocionario y el rosario, como de volver de misa.

—Está dormido aun; no le despiertes, que ha pasado mala noche.

—¿Qué le sucede?

—Los dientes que le empiezan a apuntar.

Aquel hecho vulgar y sencillo la llenó de desasosiego.

Avanzada la mañana se presentó la suegra de Pepa. Doña Eulalia era una señora muy quisquillosa, que no tenía ninguna simpatía por Asun.

—Ya está ésa otra vez aquí.

Pepa hizo como que no la oía.

Asun se fué pronto.

La abuela vistió al nieto cuando se despertó. Le rejuvenecía y le llenaba de ilusión adecentar y poner mano sobre aquel muñeco de su sangre.

—Sabes que nos vamos a ir a Madrid.

—¿A pasar una temporada?

—No, no, a vivir; mi idea es abrir casa y pasar en ella casi todo el año para ir apartando de los negocios a tu suegro.

—¡Que ilusa! Si cree que con llevarle a Madrid lo va a conseguir.

—Esta vez me parece que si; el asma no le deja respirar bien aquí, en Bilbao, y se encuentra ya cansado.

—En ese caso tal vez consiga algo.

—Hace unos días me dijo que en los años que le quedaban pensaba darse buena vida.

—¿Y no le explicó en qué iba a consistir esa buena vida?

—Para qué; buena vida a su edad no hay más que una.

—Yo conozco por lo menos dos: una, esa en la que usted piensa: un deslizarse las horas, tranquilo, rodeado de los suyos; reposar, tomar el sol, pasear y esperar a que el Señor se digne llevarle a uno… Y otra, que para hombres como su marido y papá es la mejor y es la que siguen: Salir de un consejo para reunirse en una junta; crear negocios, nuevos negocios, verlos desarrollarse; comprar, vender, ganar… y sentirse cada día más arropados en su codicia.

—Para qué tanto quebradero de cabeza llegando a cierta edad; mejor es la otra vida.

—Eso creo yo, pero no suelen pensar ellos así.

—No, no, pues esta vez me parece que va en serio; él verá si no; el médico bastante le ha advertido.

Tenía el nieto en brazos y le besuqueaba y zangoloteaba con él.

—¿Por qué no te vienes con nosotros a Madrid? Todos juntos estaríamos muy bien.

—Se lo agradezco, pero no voy a dejar yo a mis padres. Además prefiero que ese perillán crezca y se eduque aquí.

Doña Eulalia se volvió en la butaca que sentaba y dirigiéndose al nieto, como si fuera un hombrecito, le preguntó:

—¿Verdad que tú quieres venir a Madrid a vivir con la abuela?

El crío babeaba manoteante entre conatos de vagidos y movimientos imprecisos y a destiempo.

—Por otra parte, si vinierais con nosotros os libraríais de la pegajosa insistencia de tu hermana, que por lo visto vuelve después de lo pasado.

—Parece más tranquila.

Doña Eulalia traspasó el pequeño a su madre, se puso de pie y se atusó instintivamente la falda.

Era una mujer robusta y grandota. Debió de ser muy guapa en su juventud. Los ojos tenían el resplandor triste de los grandes ocasos.

—De todas formas, se lo agradezco —le sonrió Pepa. Hizo ademán de dirigirse hacia la puerta.

—Dale un beso a la abuela, que se va —le mandó al crío.

Alfonsito manoteó hacia su abuela, conato que a doña Eulalia le llenó de una gozosa satisfacción.

Cuando Pepa se quedó sola con el hijo, se puso a pensar en su marido. Pasado mañana, jueves, hará un año de su muerte, se dijo, y todo su cuerpo se le hizo dolor. Qué fugaz había sido todo, qué felicidad tan breve la suya.

Recordó la mañana que salió para Orense, a visitar aquellas malhadadas minas. A las seis de la mañana ya se despertó.

—Duérmete, que aún es muy pronto —le había dicho.

—No puedo, estoy preocupado, tengo una serie de pegas.

—¿Sobre qué?

—Sobre la manera de llevar la explotación.

—Ya se te aclararán: ahora duerme.

Hacia las siete, en vista de que no reanudaba el sueño se pusieron a hablar.

—¿Qué días vas a estar fuera?

—Tres: los precisos para ir y volver, y permanecer allí unas horas.

—El «chauffeur» que vaya despacio y que tenga cuidado… y mucho ojo con las comidas… preocúpate de lo que comes.

Pareció quedarse transpuesto y ella se calló.

—Cómo me gustaría que lo que va a venir fuese chico, —confesó de repente.

—A mí también.

Él se sonrió.

—No, tú no dices la verdad.

—¡Que sí!… Bueno, yo quiero lo que tú quieras.

—Bien, ahora calla y duerme.

Él le pasó el brazo por la nuca y la apretó contra su pecho en longitudinal y demorada tangencia.

—Qué feliz soy contigo, Pepa…: luego esto del hijo.

—Calla y duerme, que tanto hablar de ello no se nos vaya a malograr.

—Siempre pensé que la felicidad sería esto, una mujer como tú, unos hijos inteligentes y fuertes, y un trabajo hecho con gusto y alegría.

—Calla y duerme —le pidió, al mismo tiempo que le buscaba la boca.

—Cuánto, cuánto me alegro de haberme decidido a hacer lo que hice…

—No me recuerdes ahora eso…; no seas malo —refunfuña gustosa.

Ahora es ella la que le penetra en un abrazo largo.

—Yo también soy muy dichosa contigo… ¿me oyes?

—Sí.

De repente vino una hora de no se sabe dónde. Alfonso se tiró de la cama.

—¿Has oído?; son las ocho —le dijo a ella.

—Que sueño tengo —suspiró.

—Pero ¿no es a las nueve y media cuando te viene a buscar el coche?

—Sí.

—Eres como tu madre que cuando va al tren de las diez a las Arenas coge siempre por los pelos el de las nueve y media.

—Previsores que somos.

—¿Pero dónde vas, hombre? Si tienes tiempo de sobra: ven aquí un rato.

Se lo pedía con una dulzura de enamorada.

—Voy a estar tres días sin ti y todos los minutos me parecen bien pocos…

Se acercó a ella.

—Anda, anda.

Le abrazó por las piernas y le derribó sobre la cama.

—Pero, ven aquí, ¿adónde vas?; si falta hora y media

Él se dejó hacer gustoso.

—Mujer, que no me gusta hacer esperar —se le queja cariñosamente impaciente.

Le suelta. Empezó a vestirse y tropezó con la butaca.

—Da la luz, hombre.

Mientras se arregla y se calza, oye pequeños vagidos de dolor.

—Oye Pepa, si por cualquier cosa tuviese que quedarme unas horas más allí…

Pero ella sigue ahogando hasta donde puede sus sollozos. Se acerca a la cama.

—Pepa, guapa.

Se le echa al cuello y le moja el rostro con sus lágrimas.

Él se siente invadido de una ternura sin orillas.

—Si puedes venir antes, ven: haz por volver lo antes posible…: no ves que me quedo aquí sola… y sin ti, no sé… ni quiero vivir.

La siente temblar estremecida, y todo él se llena de una pena enorme.

—A ver si puedes volver antes… ¿me oyes?

—Haz por volver lo antes posible.

Se lo suplica con una voz pasada ya al sollozo.

Se desembaraza suavemente de ella, tocado de su misma angustia.

—Que no se te olvide nada.

Al fin, dominándose, se levanta.

—Vete al cuarto de baño: yo te arreglaré la maleta.

Se encuentra como sin aliento, como sin fuerza en las manos.

«Jesús ni que se fuese al Polo Norte» —se dice para consolarse.

Pero no sé qué presentimiento extraño la corroe.

—Aunque vas a estar fuera poquísimo tiempo te pongo tres camisas, porque en los viajes se ensucia mucho la ro…

Pero no puede terminar.

—¿Qué decías? —le pregunta entre el ruido de los grifos.

—Nada.

Percibe su lavatorio chapuceo.

También yo soy estúpida, ni que fuese a no volver.

Luego la despedida fué como un desgarramiento.

Quedó atontada, como si de repente se le hubiese retirado la vida.

«Pero qué boba soy; si dentro de tres… o cuatro días a lo sumo le tendré otra vez conmigo», se decía.

Pero cuando le abrazó al separarse no acertaba a desgajarse de él.

—Adiós, adiós —oyó en la escalera.

No se atrevió a asomarse a ver partir el coche.

Quedó como, vaciada e insensible, perdida en no sé qué trágicos presentimientos.

Las cosas más elementales tenían que repetírselas dos y tres veces. «No volverá —se decía—, no volverá».

Hasta aquel telefonazo que le dió su padre a los cuatro días, cuando precisamente Alfonso debía haber llegado ya.

—Escucha, hija; tu marido va a tardar un poco más de lo que pensaba… Un ingeniero que viene de allí nos ha traído la noticia.

—No no, me estás engañando; a Alfonso le ha pasado algo grave.

La voz del padre llegaba desfallecida y rota.

—Espera, hija, que ahora voy a verte con tu madre y tía Adela.

Tiró el auricular y se derrumbó en una butaca rugiendo de impotencia y de pena.

La acorrió el servicio.

Pero en seguida se oyeron en la puerta unos timbrazos impacientes, enérgicos.

Se abrazó a su madre.

—No es para ponerte así, hija; han tenido un accidente con el coche, pero la cosa parece que no es grave.

—Me engañas, me engañas; tengo la corazonada de que se ha matado.

Se volvió mirando ansiosa a su padre.

Don Pablo bajó la cabeza.

—Aun hay esperanzas… aun hay…

—¡De una vez, de una vez, quiero saberlo todo; decídmelo!; ¿se ha muerto? ¿Verdad? ¿Se ha muerto?

La tía Adela la cogió de un brazo y se la llevó a un rincón.

—Ten resignación, Pepa, y ofréceselo a Dios.

Los viejos se pusieron a llorar.

—Quiero verle aunque sea muerto, quiero verle, —gritaba la pobre mujer.

En esto llegó el médico de la casa. Pepa se fué a él.

—Vamos don Pedro, acompáñeme; quiero estar un rato sola con él, para besarle y abrazarle antes de que se lo coma la tierra —vociferaba como una poseída.

Ordenó a su doncella le preparase un maletín con lo necesario.

—Vaya usted en seguida al primer garaje por un coche para un viaje largo —mandó a otra de las criadas.

—Por Dios, hija, no hagas disparates. Cuando le traigan aquí le verás, si te conviene verle, porque en el estado en que creo ha quedado él, y en el que estás tú, «de pocos meses», una impresión fuerte podría ser para ti fatal.

Abría armarios, los cerraba. Cogía trajes y zapatos, los dejaba, pero ya los nervios no la aguantaron mas y se cayó redonda.

Lleváronla a la cama y la acostaron. Pero en cuanto volvió en si y se encontró un poco mejor, se levantó.

Los padres y la tía lloraban sin atreverse a decirla ya nada.

—Vamos, acompáñeme doctor; yo quiero verle, he dicho que antes de que le entierren he de verle, esté como esté y se oponga quien se oponga.

—De ninguna manera… se lo prohíbo…, o es que después de perder al marido quiere usted también perder el hijo.

Se colocó delante cerrándola el paso.

—¡El hijo! —exclamó como ilusionada y se llevó las manos al vientre.

Su madre y la tía se acercaron consolándola. El mismo doctor la tranquilizo y la hizo acostarse otra vez.

—Aunque se encuentre bien, no se mueva por ahora de aquí; podría ser desastroso.

Ahora, al año, recuerda todo como si fuese una pesadilla. Va hacia el hijo que tiene allí cerca y lo recoge en sus brazos. Le contempla los ojos y le susurra con dulzura:

—Mira que si también te hubiera perdido a ti…

Le corre por el cuerpo un pavoroso escalofrío.

¡Que hubiera sido de mi sin el hijo, Dios mío, que hubiera sido de mí!

Se pasó toda la misa de difuntos llorando, la pobre Pepa. Y tantas veces levantó la vista, sorprendió a su hermana moquiteando también.

Luego la acompañaron a casa todos los de la familia. Sólo llegar, Asun se fué derecha al sobrino, y alzándolo en alto exclamó:

—Este chico cada día que pasa se parece más a su padre.

Los cuatro abuelos se miraron entre sí sin oponer nada, y los padres del muerto metieron una carga de encono bajo la oficiosa sonrisa…

No eran muy cordiales las relaciones entre ellos y se retiraron en seguida.

Pepa tomó al hijo de brazos de su hermana y permaneció un gran rato pensando en el marido.

«No, Alfonso no tenía la frente así; ni la boca; ni los ojos… Dios sabe a quién se parecerá este hijo cuando sea mayor», se dijo.

—¿En qué piensas?, le pregunta Asun.

—En nada.

—Piensas en él…, siempre piensas en él.

—Es mi marido y es mi obligación.

—Aunque no fuese tu marido pensarías.

—Lo dices por ti que te has pasado toda la misa llorando.

—¿Y eso te molesta?

—Me es indiferente.

Poco después Asun se retiró a comer a su casa. El aniversario de la muerte de Alfonso habíale puesto de nuevo el alma en carne viva. Sus pensamientos y sus pasos empezaron a sentirse referidos a él. Volvió a vivir su fugaz noviazgo con frenesí fulgurante… El aire le traía su voz, y la luz su mirada, y los paseos y las calles su confidencia.

Necesitaba diseñar con el recuerdo su presencia para no sentirse inválida frente al paisaje. Toda la ciudad y el puerto le hablaban de él y la mejilla del mar le izaba por la columna vertebral, su fresca y juvenil trepidación… Alfonso, Alfonso, iba repitiendo, y a los crepúsculos, su mano abierta parecía sentir la de él, estrechada, insistente, como una sorda y remota caricia…

Los pasos inevitablemente le llevaban a casa de su hermana, y con el sobrino en brazos repetía como una obsesa.

—Este chico cada día que pasa se parece más a su padre.

—Pues eres la única que lo dice.

—Me allegro ser la única que lo ve.

—No lo puedes evitar, tú ves en todo a Alfonso.

—En todo no, en vuestro hijo, sí.

Sacudió el pronombre posesivo con restallar de látigo.

—Si, nuestro, muy nuestro… de los dos.

—Lo dices como si tener un hijo fuese una hazaña.

—Quién sabe si lo es.

—Pues quédate con él y que Dios te ampare.

Y se largó dando un portazo.

Pero por mucho que quiso distraerse fuera y arrojar su obsesión no podía.

Volvió a casa de su hermana y entró suave y sumisa con un caballo de cartón para Alfonsito.

Al crío le placían los caballos y los perros y todo lo que en la realidad tenía movimiento y vida.

—Estoy segura de que a su padre de crío le gustaban también los perros y los caballos.

—No, señor; le gustaban los ratones y los gatos.

Se lo grita queriendo escapar de aquella asfixia. Contempláronse con un seco desprecio.

—Qué sabes tú, qué sabes tú lo que le gustaba.

—Le gustaba yo y no tú, ¿me oyes?, yo y no tú… Por eso se casó conmigo…, por eso, por eso…, y ahora vete de esta casa si no quieres que te saque arrastras.

Asun se fué muy digna, sin volver la cabeza, sin besar al sobrino, y ya en la calle miró a lo alto, y todo el cielo lo ocupaba el rostro de Alfonso.

«Es igual que él, igual que él» —decía por él hijo. Pero al día siguiente cuando volvió Pepa de misa encontró a su hermana con el crío en brazos.

—Le he tenido que mudar de arriba abajo —le confesó mostrándoselo.

Humilló la cabeza impotente.

—¿No me oyes?…; tenle, mujer, tenle…, anda, hijo, vete con tu madre.

Y a poco si lo abandona en el aire.

Se sentó meditabunda en una silla.

Pepa andaba de aquí para allá, afanosa.

—Te advierto que pierdes el tiempo, vendré siempre que quiera ver al chico, que será a todas horas.

—No empecemos ya.

—Por qué no, si siempre se está empezando…

Tomó al crío en sus brazos y le advirtió:

—Toda la noche he estado pensando en ti, te he visto en sueños y me decías que volviera, que no podías estar sin mí, que me necesitabas, y luego era tu padre el que me encargaba que te cuidase.

—Vigílale, tía Asun, vigílale, porque estos chicos son el demonio, el mismísimo demonio.

Pepa la miró estupefacta.

«Esta hermana mía está loca», pensó.

Ya en mayo, con el buen tiempo adelantó el verano y se fué a Algorta con el chico. A ver si así con la separación… Pero la tía Asun empezó enseguida a visitarlos. Llegaba muy de mañana y se quedaba a comer con ellos y a veces con la disculpa de un chaparrón, o del retraso para tomar el tren, la estación quedaba un poco lejos de la casa, les acompañaba hasta el día siguiente.

Durante la noche vivía acechante como si amenazasen al sobrino mil peligros. Se levantaba frecuentemente y le vigilaba hasta el aliento.

—Por Dios, Asun; déjale en paz o se morirá con tanto cuidado.

—No sabéis tener hijos… ¡Ah!, que madres estas; a un hijo hay que cuidarle como se cuida a una planta delicada; si no, no tenerlo.

—Pero todo tiene un límite, mujer; todo tiene un límite, y tú con este hijo mío te pasas de rosca.

Una furia concentrada la llevaba de aquí para allá. Ella le limpiaba: ella le bañaba y le secaba con polvos de talco, y le fajaba y le vestía y le apretaba cada día con más fuerza contra su pecho de virgen.

—Si está el aña para esto —le decía la hermana.

—Pero no se lo haría con el mimo que yo.

Doña Eulalia, cuando iba a visitar a su hija política y al nieto y sorprendía a la tía en aquel ajetreo, se llenaba de enojo.

—Verás, hija, como un día acaba echándote de casa para ocupar ella tu puesto.

—No tanto, mujer, no tanto.

—Cualquiera que la vea pensará que es ella la que ha tenido el hijo.

—La pobre lo hace con la mejor buena voluntad; para, ella además de ser su sobrino, es el hijo de Alfonso, y ya sabes cuánto le quiso.

—Por eso mismo tienes que tener más cuidado, porque después de lo pasado, qué pensará la gente cuando la vea así.

—Lo que piense la gente nunca me ha importado mucho.

—Pero es que tanta, tanta solicitud molesta y ahoga. Ella hace, ella dispone, ella trae y lleva, y con un frenesí, con una violencia que no sé…; un día le va a dar un mal golpe al crío…

—Por Dios, no exageres.

—Tú verás, pero lo que no debes hacer es dimitir de ninguno de tus derechos y deberes de madre.

—Bueno… sí, sí.

Con el verano, al venir sus padres a Algorta, la insistencia, la pegajosidad y el frenesí por el sobrino llegó a límites inconcebibles.

—No va a haber otra solución sino que me vaya yo por ahí una temporada hasta que te sacies con él —le planteó Pepa queriéndolo echar a broma.

Asun quedó abatida. Tenía el chico en brazos y se lo pasó a su madre. Le rafagueó el alma una enorme melancolía. En seguida se fué a su casa desconsolada. Permaneció toda la tarde sin salir de su cuarto contemplando un retrato de Alfonso. Había momentos en que las lágrimas la ofuscaban y no se lo dejaban ver.

Al anochecer su madre fué a sacarla de sus tristes pensamientos.

—Pero, qué haces ahí; cómo no has ido esta tarde a ver al sobrino.

Se le arrojó en sus brazos llorando.

—Mamá, Pepa no me quiere, Pepa me odia.

—Qué cosas tienes, hija.

—Cada vez le disgusta más que esté con Alfonsito… ya ves, con lo que el sobrino supone para mí.

—No, tu hermana te quiere, mujer; lo que pasa es que tú, sin poder remediarlo, te afanas a veces demasiado por el crío, y ella, claro, piensa que…

Lloraba con un desconsuelo inmenso la pobre Asun.

—Y qué cosa más natural sino que me desviva por él después de todo lo que yo he querido a su…

—Calla, mujer, calla, que ella también le ha querido y ha sido su mujer, y el chico, por mucho que tú le quieras, es de ella, y las madres somos siempre quisquillosas del amor de los hijos… y más en casos como este vuestro.

—Pero es que yo no sé lo que hacer.

—Apagar un poco tu fuego por él… y disimular, hija, disimular.

Había en las palabras de doña Rita una tranquilizadora desesperanza.

—Pero es que no lo puedo evitar, quiero al sobrino cada día más.

—¿No será a su padre a quien quieres cada día más?

Se horrorizó al sentirse descubierta.

—Al padre le quise con locura, por qué negarlo.

—Y le sigues queriendo, y ves al hijo y te ensañas con el hijo por el padre, sólo por él.

Escondió la cabeza la pobre Asun y se echó a llorar.

—De haberme casado con Alfonso y haber sido el hijo mío no lo hubiera querido más… te lo aseguro.

—Lo comprendo.

—Reconozco que a veces le acaricio y le estrujo con tal violencia que le hago daño, pero es que quisiera como incorporármelo, como hacerlo carne y sangre de mí misma… no sé, hay días.

—¡Ay, hija!, vas a dar en loca.

—Qué me importa a mí ya todo.

—Calla, que estás desafiando a Dios.

—No puedo más.

—¿Le cuentas al confesor lo que te pasa?

—Para qué, si nada puede hacer para evitarlo.

—Te puede dar buenos consejos…; además que querer como tú quieres a ese sobrino, con la furia y la morbosidad con que le besas y le estrujas y te preocupas por el… no sé que eso no sea pecado grave.

—¡Pecado eso, nunca!… nunca, ¿me oyes?… nunca, nunca.

—Consúltalo, consúltalo, porque tú a quien besas es al pa…

Se abalanzó sobre la madre y le tapó la boca.

—Que no se te ocurra escupir eso porque es mentira, mentira… y si se te escapa alguna vez es que te…

Doña Rita quedó petrificada, empavorecida al observar la desusada furia de su hija contra ella… y su mirada verde, enfogarada, decidida.

—No sé, no sé que pensar Dios mío; no sé que pensar.

—Perdóname, es que a veces me pongo como endemoniada, lo reconozco.

Se abrazó a su madre.

—Hay que ser más humilde, hija, más humilde. Dios nuestro Señor quiso que fuera así y, ¿qué vas a hacer contra su voluntad?

—¡¡¡Protestar!!!

Su grito era tajante.

—Escucha, hija: lo primero que tienes que hacer es romper ese retrato que conservas de Alfonso.

—Nunca, nunca lo haré, me lo dió él cuando fuimos novios sin yo pedírselo.

—Si no empiezas por ahí no tienes arreglo.

—Pídeme lo que quieras menos eso.

Se hace un silencio angustioso.

—En fin… tú verás.

—No sé qué camino tomar.

—Por qué no vuelves a frecuentar la sociedad con sus fiestas y bailes, y alternas con chicos y chicas de tu clase y piensas en encontrar un novio que te

convenga para casarte, y el día que te cases y tengas un marido con hijos tuyos, verás como se te van esos fantasmas que tienes en la cabeza.

—La verdad es que me aburren todos y todas… y en cuanto a lo de enamorarme de otro hombre, estoy segura de que no puedo… ¡ni quiero!

—Tu vida la has de llevar tú y conducir tú…; en fin de cuentas tú decidirás…; ya no eres una niña.

—Enamorarme de otro hombre, jamás; me parecería un asco y una aberración.

—¿No habrá en ti, en todo esto, mucho de soberbia y orgullo?

—No me he puesto a pensarlo ni tengo por qué.

Mira ahora a su madre altanera y dura.

—Vas a empezar conmigo la novena a la Virgen de Begoña; ella te quitará el demonio de encima, porque lo que tú tienes dentro del cuerpo es el demonio y nada más que el demonio.

—Déjame ahora de rezos.

—Pero por lo menos sal a la calle y frecuenta tus amistades y vete donde van las demás jóvenes de tu edad y haz la vida que corresponde a una mujer de tu condición y clase que bastante murmura de ti la gente para que sigas haciendo la vida estúpida y encerrada que haces.

—Siempre me ha importado muy poco lo que diga de mí la gente.

—Pues te debe importar, porque uno ha de vivir con ella y el buen nombre y la fama de una persona se hace entre todos.

—Baa… ba… ba…

—Bueno, arréglate un poco y sal, que no estás así para que te vea nadie y no pienses que tu hermana te odia, y no te quiere, que después de lo que la pobre hija ha sufrido viendo cómo se le moría el marido, a los pocos meses de casarse, no sé cómo tiene ganas de nada.

—Eso también es verdad.

—Pues en adelante a ver si tienes más consideración con ella y apaga un poco esa pasión por el sobrino que no sé dónde te va a llevar.

Retiróse de la habitación Doña Rita, mientras la hija se acicalaba un poco y hacía desaparecer toda huella de sufrimiento. Al día siguiente fueron juntas la madre y la hija a ver a Pepa y al chico.

Pepa dió un par de besos a su hermana como si no hubiera pasado nada. Les mostró a Alfonsito, que estaba muy hermosote y guapo. Acababa de estrenar los primeros pantalones y la tía, viéndole ya de hombrecito, se emocionó.

En adelante volvió sola, pero se la veía que se violentaba para no entregarse a su frenesí por él. Se sentó en una butaca y estuvo contemplándole gatear en la alfombra, tras de una pelota de goma.

Los esfuerzos impotentes del crío los sufría ella en su ánimo y en su carne. Le parecía iba a asfixiarse de angustia ante la invalidez reptante del sobrino. Tenía deshechos los nervios y la sensibilidad, y todo lo que en la criatura era natural torpeza la exacerbaba hasta el paroxismo. Se levantó varias veces para alcanzarle la pelota que se le escapaba. Luego se fué.

Atravesó unos días de verdadera crisis nerviosa. Sentábase lejos del sobrino abstrayéndose en sus cavilaciones. De cuando en cuando le miraba con los ojos húmedos. Sus padres se preocuparon.

—¿Por qué no te vas una temporada fuera? Así cambiarás de aires —le propuso don Pablo.

—Ahora menos que nunca quiero moverme de aquí.

Movilizaron al médico y al confesor, que le dieron buenos consejos, pero no hacía caso a nadie.

—¿Por qué no sales con las amigas y te distraes, hija? —le pedía la madre.

Se abandonó hasta en el adorno y atuendo de su persona, tan vigilante ella sobre sí, en otros tiempos. Parecía una empleadilla modesta.

—La doncella que yo tengo cuando le toca salir va mejor puesta —se le quejaba Pepa a su madre.

—Y qué quieres que le haga yo; por más que le digo vaya por casa de la costurera y por la peluquera, no quedará.

Dormía muy poco, y cuando lo hacía era presa de pesadillas horrorosas. Sus sueños eran con el sobrino y le veía siempre morir, o despeñarse por un barranco o ahogado en el mar…, y ella acudía a su llamada de socorro, pero llegaba siempre tarde. Entonces se desesperaba, y la impresión de realidad era tan fuerte que se tiraba de la cama, iba enseguida a casa de su hermana y se metía en tromba gritando la mostrasen el chico, y hasta que no lo veía, vivo y palpitante, no quedaba satisfecha.

Se abrazaba a la criatura y se desahogaba llorando. Esto ocurrió varios días a las seis y siete de la mañana. Pepa se alarmó. «Dios mío, esta hermana mía está loca, loca», pensaba.

Se reunió toda la familia en consejo. Consultaron a los médicos, se vieron con su confesor y con un padre jesuita muy santo y sabio.

El padre jesuita propuso separarla del sobrino. Pero los médicos opinaron que eso podría ser contraproducente.

De todas formas, su hermana Pepa vivía asustada. Siempre que venía a visitar al niño estaba ella presente o una persona de su confianza. Doña Eulalia, la suegra, vivía también atemorizada.

—De ninguna manera la dejes sola con él…, no se le ocurra hacerle una barbaridad.

—Por Dios, no diga eso ni en broma.

—De una loca cualquier cosa se puede esperar.

La noticia se extendió por Bilbao y en seguida les encontraron más de un loco en la familia.

Vivieron todos con el alma en un hilo hasta fin de verano. Cuando sus suegros se fueron a Madrid, Pepa les advirtió a sus padres que se iba con ellos a pasar una temporada. Doña Rita y don Pablo bajaron la cabeza entristecidos.

—A ver si vuelves pronto —aventuró la madre.

En el momento de partir, Asun cogió en brazos al crío y besándole con gran mimo, le despidió:

—Adiós, hijo.

Quedó como si la hubiesen amputado un órgano vital. Le pareció que le faltaba el aire para respirar. La ausencia del sobrino la dejó como a un ciego tacteante. Vivía como el que va a caer, como el que se va a despeñar…

Sus padres al verla así, la animaban a salir, empujándola a diversiones y fiestas en correspondencia a su posición y edad.

Pero ella se dejaba invadir gustosa por sus recuerdos.

—¿Qué hará Alfonsito ahora? ¿Qué hará, qué hará?

—Vivir sin acordarse de ti —le replicaba su madre.

—Los niños, felizmente para ellos, son inconscientes —le argüía el padre.

—Ha habido carta de Pepa, que se encuentran muy bien y están todos muy contentos.

—Pero el chico notará mi falta.

—Parece que no.

—¡Qué descastado! —y se echó a llorar.

—Vaya, no te preocupes, que el mundo marcha a pesar de la ingratitud de los sobrinos —bromeó don Pablo.

—A esa edad, dichosos ellos, no se dan cuenta de nada —corrobora la abuela.

—Pero, cuando ve que son otras manos las que le dan de comer, y le visten, y le duermen, y le acompañan en sus juegos y le hacen mimos y gracias… ¿es que no hace extraños y se queja?

—Por Dios, hija, a ver cuando te espabilas…

Pero al notar lo espontánea de su exclamación, don Pablo rectificó…

—Claro que se dará cuenta, pero el pobre hijo, con su lenguecilla de trapo…

Asun cerró los ojos y se embebió toda de su recuerdo. Alma y cuerpo se le hicieron dulcísimo deliquio.

—Anda, hija, anda —le consoló la madre.

Pasados unos días, don Pablo, ayudado de unas amigas de ella, preparó una expedición a Santillana del Mar, para sacarla de su ensimismamiento. Volvió más alegre y animada. Un turista inglés que la vió en el hotel, se prendó fulminantemente de Asun y la siguió hasta Bilbao, donde trató de relacionarse. Intervino el cónsul inglés. Pero Asun, más que halagada se sintió molesta. Don Pablo supo por el cónsul era hijo de una rica y muy distinguida familia escocesa. Pero le convenció de que perdería el tiempo y después de varias tentativas de acercamiento se dió por vencido retirándose.

Volvió por el Club Marítimo algunas tardes y asistió a varias funciones de teatro.

Realmente estaba preciosa. Su aire, macerado y triste, como el de la que sale de un gran sufrimiento, le iba muy bien a sus años espigados y elegantísimos.

Poco a poco fué reaccionando, sintiéndose envanecida del aura que levantaba en los salones su fastuosa presencia. Los hombres en edad de amar la cercaron y asediaron. Su misma tragedia la aureolaba de misterio y de encantos.

Pero en esto… Fué un martes de carnaval en un «asalto» en el palacio de una amiga, donde se enteró de que Alfonsito estaba con tos ferina. Pero Dios mío y ella sin saberlo. Y si al chico le hubiese pasado algo grave.

Pretextó una indisposición y se retiró a su casa.

Eran las doce cuando se encontró sola en su habitación. No durmió en toda la noche con la presencia del sobrino, con los ojillos inyectados, ahogándose.

Se tiró de la cama temprano. Lo había rumiado bien. Se puso una mantilla y cogió devocionario y rosario y se echó a la calle. No dijo nada a nadie. Al

salir tropezó con su madre.

—¿Vas a la Residencia?

—Sí.

Llegó bien para oír la misa de ocho. Se la ofreció a Dios por el sobrino.

Salió y se fué a la estación del Norte. No tropezó con nadie conocido. Se metió en un primera del tren que partía para Madrid, y siguió leyendo sus devociones.

No se atrevía a mirar a los viajeros. Cuando ya el convoy llevaba un rato de marcha levantó la vista. Se desprendió los alfileres que sujetaban la mantilla y la dobló cuidadosamente. Para no infundir sospechas, había salido con lo puesto. Abrió la ventanilla y se quedó mirando el paisaje…

«¡Dios mío, cómo estará Alfonsito!».

No quiso pasar al restaurante a la hora de la comida. A la caída de la tarde, cuando se perfilaba en el aire sereno el castillo de la Mota, se coló en el coche restaurante y tomó una tortilla a la francesa y un pastel.

Ya en Madrid, fué disparada en un taxi a casa de los suegros de su hermana.

Entró empujando a la muchacha que salió a abrir, pidiendo a gritos al chico.

—Han llamado de Bilbao esta tarde preguntando por usted.

—¿Dónde está Alfonsito? Enséñenmelo en seguida…

—¡Alfonsito, hijo, mi vida!

Todo el servicio se estremeció.

—¿Y su madre, dónde está su madre?

—Salió con la señora a hacer una visita, no creo que tardarán.

El crío estaba dormido, pero lo despertó al sacarlo de su camita. Lo besó y estrujó con ansia.

—Alfonsito, hijo, soy la tita, ¿no me conoces?

El pequeño, al sentirse espabilado y manoseado se echó a llorar. Al ver cómo la extrañaba le entró una enorme congoja.

—Pero no me conoces, hijo…, no me conoces, soy la tita.

En esto, al chico le dió un acceso de tos.

—Por Dios, señorita, métale en la cama, que se ha enfriado —le suplicó el aña.

Le volvió a la tibieza de las mantas, pero seguía tosiendo.

—¿Le ha visto el médico?

—¡Uf!…, señorita, varios «dotores» y por bueno le han dejado ya.

Se oyó el timbre de la escalera.

—Ahí están los señores —le dijo el aña.

En seguida abrióse la puerta de la habitación y aparecieron doña Eulalia y Pepa.

Fué un momento de estupor en las tres. Quedáronse sobrecogidas, cortadas.

—¿Cómo tú aquí?

—¿Pero a qué has venido?

—Me he enterado estaba Alfonsito con tos ferina.

—Ha salido ya de cuidado —barbotó doña Eulalia.

—Mujer, podías haber avisado —le reconviene la hermana.

Se miran las tres indecisas, vacilantes.

El chico sigue tosiendo.

—¿Alguna le ha sacado de la cama?

—Yo, cuando he llegado, para verle cómo estaba y besarle, y tenerle en brazos.

—¡Por cuanto, vos!

—Vaya, déjelo, ya se le pasará —suaviza su madre.

Doña Eulalia se vuelve.

—Atiéndale, aña… ¡vaya, vamos a cenar!

—Bueno… ¿cuándo has llegado?

—Hace un momento.

—¿Qué tal has dejado a mamá y papá?

—Bien.

Parece más sosegado el crío.

Se acerca a él y le contempla ensimismada.

La entran ganas de besarle de nuevo, pero se siente cohibida delante de doña Eulalia.

Se retiraron a despojarse de trajes y sombreros.

Asun le pregunta al aña:

—¿Quién duerme con Alfonsito?

—Yo, señorita.

Cuando el sobrino se ha dormido y van a salir, llega la doncella.

—Que pase al comedor la señorita —le indica.

El suegro había llegado cansado y se acostó temprano. Doña Eulalia no le dirigió la palabra durante toda la cena. Sólo al final gruñó.

—Supongo te irás en seguida, porque pasado mañana necesitaremos el cuarto donde vas a dormir.

—Como no has avisado que venías para haber tenido tiempo de disponer las cosas de otra forma —atemperó Pepa.

Fué de repente, como una corazonada.

—¿Lo sabe mamá?

—No.

—Por la Virgen…, pero qué cosas se te ocurren.

Se levantó y fué al teléfono en el momento en que sonaba el timbre. Era conferencia de Bilbao.

Al otro lado del hilo preguntaba ansiosa su madre.

—¿Está ahí Asun?

—Sí, mamá sí…; estate tranquila.

—¡Vaya, menos mal! —suspiró.

Asun bajó la cabeza.

—Vete cuanto antes a casa, que aquí nada tienes qué hacer —le conmina doña Eulalia.

—Me iré en seguida.

—Pero ¿a qué has hecho esto?… Está la pobre mamá que se ahoga con un hilo.

Terminada la cena se retiran.

—Mira, ésta es la habitación donde vas a dormir… bien, ahora acuéstate, que vendrás cansada.

Cuando Pepa le da un beso le nota fría y húmeda la mejilla.

—Anda, no seas balumera.

—No sabe una como acertar… creí que Alfonsito se estaba muriendo y que llegaba tarde.

Unos sollozos hondos la desgarran el pecho.

—Descansa ahora, que estás muy nerviosa.

Cuando se retiró su hermana echóse encima de la cama y se puso a pensar en el sobrino, masturbándose mentalmente con su enfermedad. Se le figuraba moribundo, el rostro amoratado, asfixiado por la tos… y una tristeza inmensa, pero gustosa, la desarbola.

Le regodeaba llevar al extremo sus males, para figurarse ella junto a él, cuidándole maternalmente, desviviéndose por él.

Cuando supuso que todos descansaban se fué en puntillas al cuarto del sobrino. Estaba dormida el aña. Cogió una butaca la acercó a la camita y sentóse con una manta a los pies.

Permaneció contemplándole un gran rato, oyendo el hilito de su tenue respiración. Pero acabó venciéndole la fatiga y quedó traspuesta.

Se deslizó la manta y se despertó de madrugada con frío en los pies… Le miró obcecadamente. Tuvo una decisión súbita. En cuanto se coló la primera rebaba de luz por entre las rendijas de las contraventanas, se levantó, y sin atreverse a besar al niño por no despertarle, escabullose por las escaleras y escapó a la calle.

La mañana apoyaba sobre los tejados abarquilladas claridades. Le dió miedo la calle casi desierta e inconscientemente se metió en un tascón, que era lo único abierto. El dueño, un hombre grueso, de ojillos pequeños y barba mazorral, le sirvió una copa de aguardiente sin preguntarle nada.

Había varios serenos de retirada y algunos tranviarios que la miraban entre admirativos, zorronglones y respetuosos, sospechando lo que no era. Sin saber lo que hacía, tomó el aguardiente de un latigazo y al sentir su quemazón en el estómago gritó:

—Agua por favor: deme un vaso de agua.

El concurso se volvió, riéndose espesamente.

Bebió y escapó avergonzada a la calle.

En la esquina de Alcalá, una viejuca montaba su cajón de los churros. Le compró unos cuantos y se puso a comerlos mientras pasaba un taxi.

—Lléveme a la estación del Norte —le indicó al chauffeur.

El primer tren para Bilbao salía a las ocho cuarenta. Faltaba más de una hora. Se sentó en un banco de la sala de espera. Hizo el viaje muy decaída.

Cuando entró en su casa, su madre la reprendió.

—Pero hija, ¿a qué haces estas cosas…? Tú vas a dar en loca, en loca…

Lloraba abrazada a su madre.

—No puedo vivir sin él…, es que no puedo vivir sin él.

—Verás hija, verás como se te pasa todo el día que tengas tú, hijos propios.

—Pero a quien quiero yo con locura y con frenesí es a Alfonsito, porque es de quien es…, pues a quien he querido y querré siempre es a Alfonso, su padre, y no pudiendo ya ser hijos de él, los que yo pueda tener qué me importan…

Lloraba con un desconsuelo inmenso.

—Anda, hija, cálmate, cálmate… ¿qué tal está el nieto, y cómo te han recibido?

—Alfonsito está ya bien… pero me han echado, me han echado: sólo verme doña Eulalia me ordenó que me fuera.

—No te preocupes.

—Lo peor es que Alfonsito no me ha reconocido… ya ves lo pronto que se ha olvidado de mí, con lo que yo le adoro y he hecho por él… ¡Qué ingrato, Dios mío, qué ingrato!

Tenían sus palabras una desolación angustiosa.

—Lo que tienes que hacer, hija, es la vida social que te corresponde, y no andar escondida como un topo, y olvidar esta obsesión del sobrino y casarte cuanto antes, y verás como en cuanto tengas hijos tuyos, de tu carne… te reirás de todo lo demás.

—No puedo, madre, no puedo; tengo a Alfonso en el tuétano de mi alma, disuelto en mi sangre, y no reúno fuerzas ya más que para pensar en él, y seguir adorándole…

El pobre don Pablo andaba por los rincones preocupado, sin acertar en el remedio a poner al mal devastador de la hija. Hubo que acudir al tío Enrique para que con su cariñosa y enérgica autoridad viese de sacarla de tan obsesiva pasión. Se la llevó a París, con cuya alta sociedad estaba él muy relacionado, y la distrajo con teatros, cacerías y fiestas…

Volvió a Bilbao, y ya más embalada empezó a salir y alternar en la pacata vida provinciana. Tuvo un pretendiente, muchacho de una gran familia, campeón de golf y uno de los mejores balandristas, que la sitió, galán y enamorado.

Los padres de ella vieron el cielo abierto.

Asun se dejó enlabiar gustosa. Salía con él y eran inseparables en bailes y reuniones. Corrió la noticia que se casaban y hasta se señaló la fecha de la boda.

—Vaya, ahora parece que va en serio —le decía doña Rita a su marido.

—Menudo quebradero de cabeza nos quita esta hija de encima.

Asun parecía dichosa y envanecida. La vanidad de sentirse halagada y envidiada puede tanto en una mujer…

A los ojos de los menos suspicaces parecía haber conseguido remontar su apasionada obsesión. El novio, Julio, era un hombre vistoso, aparencial y muy rico. Por unos meses, su noviazgo y próxima boda fué tema de conversación del todo Bilbao. Pero pocos días antes del señalado para matrimoniar, empezó a entrarle un agobio y una congoja acezantes. Volvió a vestirse de pesadillas y de manías… y de hormigueantes deseos de fuga. La obsesión de Alfonso se le plantó insistente, invalidándola para que todo lo que no fuese su abrasador recuerdo.

Fué la mañana misma de la boda, cuando se levantó de la cama diciendo que no se casaba.

—No quiero ser desgraciada ni hacer desgraciado a Julio; no me caso y no me caso.

Se lo comunicó a su madre a gritos, enfurecida, rabiosa. A doña Rita se le paró el corazón y creyó morir.

—¿Virgen de Begoña…, pero a estas alturas se te ocurre esto…? ¿y por qué no lo has pensado bien antes, dime; por qué? ¡Dios mío que campanada…! ¿Qué dirá Julito y la familia de Julito, y la gente?

—Que digan lo que quieran.

—Vamos, déjate de locuras; vístete y vamos a la iglesia.

—He dicho que no, y no.

Le dió un ataque de nervios y la tuvieron que acostar. Don Pablo acudió al alboroto; no sabía lo que hacer ni lo que decir. «Pero esto es la vergüenza y la rechifla para todos», pensó.

Quiso ver si conseguía algo con buenas maneras.

—Pero hija, piénsalo bien, mira que a estas alturas lo que vas a hacer es un disparate espantoso.

—Que lo sea.

—Hazlo por tus padres hija, porque es el deshonor y la deshonra.

—Más deshonra y deshonor es que me case con un hombre a quien no quiero…; que de sobra sabéis a quien quiero yo, y sigo y seguiré queriéndole.

—Pero todo aquello es agua pasada.

—Eso eréis vosotros, pero no, no.

—Ya lo sabéis: por última vez os lo digo, no me visto el traje de novia y no voy a la iglesia…, y no insistáis más, que no voy y no voy.

Se revolcó en la cama y se puso a sollozar desconsolada.

—A ver si su tío Enrique puede hacer algo, vete por él —mandó doña Rita a su marido.

Don Pablo se fué veloz por su cuñado.

Tío Enrique fracasó lo mismo.

—Virgen de Begoña, que nos trague la tierra —deseó su madre.

Hubo que avisar a la familia de Julito que estaba mala Asun y no podía celebrarse la boda en unos días, y a la iglesia que suspendiesen los preparativos. En ese tiempo tío Enrique pensaba convencerla.

—Dejarla sola conmigo —les pidió una mañana.

La halagó primero, la suplicó, la amenazó después, pero todo fué inútil.

—Has terminado para mí —la advirtió al marcharse.

Cuando se le pasó la rabieta, mandó una carta a Julito diciéndole secamente cómo al darse cuenta de que no le quería no pensaba casarse con él.

Los regalos empezaron a desandar camino.

Se levantó en torno al caso un tole tole de mil diablos. A Asun le entró por la vida desamor y desgana. Se pasaba lo más del día tumbada en la cama, llorando, suplicándole a Dios se la llevase.

La esperanza que alimentaba de convivir con el sobrino los veranos se le truncó, al ver a su hermana Pepa, irse a Santander, al palacio que tenían en el Sardinero los suegros…

Esto la empapó de una tristeza desfallecedora.

«¡Dios mío! Huyen de mí, huyen de mí —pensaba—, y quien sabe cuando podré volver a ver y besar a Alfonsito».

Ni sus padres ni sus amigas conseguían sacarla del lecho. Le ganó un deseo enorme de acabar y morir. Los mejores médicos y los sacerdotes más virtuosos y sabios desfilaron por su alcoba.

—La verdad es que no tengo ninguna gana de vivir —les decía a todos.

—Como no ponga algo de su parte esta chica, se muere —opinaba el doctor más afamado—. La vida supone como primera exigencia voluntad de perduración.

—Pero si es que yo no quiero vivir…, no les digo que no quiero vivir.

—Pero hay que querer, pequeña; tienes la obligación de querer —le advertía su confesor.

—Déjeme ahora de obligaciones, padre…; si es que no puedo más.

Tío Enrique, al saber el marasmo en que yacía, dió de lado enojos, y fué corriendo a visitarla.

—A ver si tú con tu autoridad y la debilidad que sentís el uno por el otro consigues sacarla de su postración, porque esta hija se nos muere a chorros —le pidió a tío Enrique su hermana.

Se abrazaron efusivos.

—Creí morirme sin que me vinieras a despedir —le reconvino.

—¿Pero qué dices de morir, sobrinaza, qué dices de morir?

—¡No puedo más, tío…! Y quiero descansar… pero descansar para siempre… ¿Me oyes? Para siempre.

Su voz parecía llegar ya desde la otra orilla.

Con sus carantoñas, mimos y arrumacos, al fin venció al tío. Poco a poco la fué enfusando ganas de vivir.

—El que pierde la vida, convéncete, pierde todo, sobrina… todo, todo.

—Y que importa perderlo todo cuando se ha perdido la ilusión.

—Importa, porque mientras se vive hay la posibilidad de recobrar la ilusión, ya que en la vida las ilusiones saltan como las fieras en la selva… cuando menos se piensa. Por eso lo que en fin de cuentas importa es vivir, vivir.

Y fué por los días en que le razonaba estas cosas, que le llegó a él su acabamiento por una traidora angina de pecho.

La desolación fué tremenda en la familia.

La misma muerte de tío Enrique le acicateó a Asun para vivir. La había nombrado, en testamento, heredera de todos sus bienes, y de repente se encontró con una obligación más en la vida: defender y aumentar lo heredado.

—¿Y qué hago yo ahora con todas estas riquezas? —inquiría a su padre.

—Lo primero cumplir su voluntad y hacerte cargo de ellas…; más tarde ya veremos.

La fortuna de tío Enrique era variada y pingüe.

Le sirvió de distracción meterse por los vericuetos de los negocios.

—¿Y todo esto es mío? —preguntaba de cuando en cuando.

—Si, hija; tuyo, tuyo.

Y sentía ese malsano placer que da la posesión.

Al sobrino le veía ahora muy poco. Un par de días de vuelta a Madrid del veraneo, que pasaban por Bilbao la madre y él a ver a la familia. Era ya un hombrecito. Venía alto y bien plantado como el padre.

—Hijo, ¿pero dónde vas a parar? —le envanece la tía besuqueándole golosona.

El chico se alzaba de hombros.

Aquel junio había aprobado la preparatoria. Según los profesores era despierto y estudioso.

Ella le contemplaba con dulce fruición. Pero enseguida se iban para Madrid, y Asun volvía a su vida usadera.

Sin ser una mujer vieja, andaría por la treintena; había perdido la ilusión de agradar y de emperifollarse que suele acompañar a la mayoría de las mujeres hasta las puertas de la muerte. No frecuentaba ya las fiestas sociales, ni los «clubs», ni las reuniones de casas particulares. Ni se hacía ver de los hombres por espectáculos y paseos. Era como si hubiese liquidado sus aspiraciones con la vida… a pesar de mover su belleza en una sabrosa y luminosa madurez. Sus ojos tenían la dulzura de los grandes ríos sosegados y su cuerpo, en su esplendor, se delineaba entre Perugino y Rafael con un poco de mujer, y un poco de ángel… Pero en ella había un propósito de secar todos

esos encantos sin avivarlos con el indumento, el afeite y la mirada, antes al contrario trataba de apagarlos y de diluirlos para que pasasen inadvertidos.

La fortuna de tío Enrique, llegada en su desilusión más álgida, empezó a embeberla de otras preocupaciones que la distrajeron de la falta del sobrino. Su padre la fué instruyendo en lo que eran ya sus bienes.

Aquella mañana, después de firmar una serie de papelones, habían puesto en la Banca Bilbaína a su nombre, la cuenta corriente de tío Enrique, y le dieron un talonario.

—Escucha, tienes en la que ya es cuenta tuya, un millón seiscientas ochenta y tres mil con ochenta y cinco céntimos… Ahora llenando estos talones (le puso un ejemplo) puedes sacar lo que quieras hasta esa cantidad… En Madrid tenía el pobre Enrique otras dos cuentas más; una en el Banco de España, de doscientas treinta y nueve mil pesetas, y otra en la Banca Bilbaína, que debe andar por el medio millón…

Asun se dejó bañar por aquel guarismeo de cifras.

—¿Pero no te parece que es demasiado dinero en cuenta corriente…? Además que yo no sé para qué quiero tantas cuentas corrientes, con una, la de aquí, me sobra y basta… ¿no crees?

—Sí, desde luego.

En seguida le mostró los resguardos de las acciones.

—Estos si quieres los puedes tener en casa, pero están mejor aquí, así te cobran ellos los intereses y te los colocan en la cuenta… y no tienes que preocuparte de nada.

—¿Tú cómo te arreglas?

—Todo el mundo lo dispone así.

Aquella misma tarde fueron a visitar al administrador de las fincas que le había dejado el tío Enrique. Días antes, en casa del notario, habían hecho las nuevas escrituras a su nombre.

Eran dos casas en la Gran Vía y una en la calle de San Francisco, y algunos caseríos en la provincia y terrenos en el ensanche. Fué personalmente con su padre.

—Es conveniente conozcas todo lo que es tuyo, con pelos y señales, para que el día de mañana si vendes o tienes que hacer alguna obra en la finca sepas a qué atenerte.

Lo inspeccionaba todo y lo preguntaba todo. Luego, en casa, lo apuntaba en un cuaderno…, y empezó a sentir el prurito de la ganancia y de las embriagadoras posibilidades.

Sus riquezas en producción fueron insensiblemente ocupando el lugar de su fallida maternidad.

Por entonces se hizo amiga de Paquita Ulivarri, mujer chata y feotona con cierto aire de machote, pero muy salada; viuda de un hombre riquísimo y con un retoño inválido de parálisis infantil.

—La verdad es que yo tengo mucho dinero, pero con este pobre hijo así, todo me parece poco, chica no sea que el día de mañana, cuando yo falte, como él no puede valerse para nada, sólo a fuerza de pagar bien a todos le atenderán…

Pero la inutilidad del hijo era una disculpa para su afán de mujer codiciosa.

Entendía de negocios más que muchos hombres. Las mañanas de Bolsa vivía pendiente de las cotizaciones. Fué en Bilbao la primera mujer que pisó el «parquet» de la Bolsa y que tuvo un Agente colegiado a sus órdenes. Sabía el estado financiero de todas las Sociedades Anónimas…, o creía saberlo. Y en este secreto opinaba sobre la necesidad de comprar o vender, con una seguridad inquietante. Acertaba muchas veces, sobre todo en aquélla época en que los valores iban todos para arriba.

Era un viragazo simpático esta Paquita.

—¿Pero tú no tienes un Agente de Bolsa de confianza? —le preguntó un día a Asun.

—No.

—Pues es lo primero que tienes que tener. Yo te presentaré al mío, a don Ildefonso…; es un santito; el tiempo que le deja libre su trabajo se lo pasa en la Residencia rezando. Es de toda confianza; con decirte que es el corredor de todas las ordenes religiosas que hay en Bilbao.

—¿Pero no han hecho voto de pobreza los religiosos…? ¿Cómo tienen dinero para comprar valores?

—Han hecho voto de pobreza individual, pero no colectivamente en cuanto a entidad o asociación.

—¡Ah!

—Y en esto de los agentes, como en todo lo que sea negocio, hay que ser bastante desconfiada…; fíjate en una misma sesión de Bolsa, la diferencia que suele haber en la cotización de un mismo valor de la apertura al cierre… y lo que eso supone si has dado el encargo de comprar muchas acciones o de venderlas…

—¿De modo que tú crees…?

—¡Ay, hija! Yo cada vez tengo menos confianza en los hombres, claro es que tampoco tengo mucha en las mujeres… a la hora de los cuartos; creo que somos peor que ellos…, pero esto no es conveniente difundirlo.

—¡Eres el demonio!

Se miraron y se rieron.

—Verás, mañana vamos a la Bolsa y te le presentaré.

Su entrada en el local de la Bolsa, al día siguiente, fué inusitada y espectacular. De repente se cortó el agio, como la leche en los días de tormenta. En boca de agentes y zurupetos, los guarismos quedaron congelados.

—Chica, has dado el golpe… —le dijo a Asun—; vuelves otro día y estoy viendo que se hace una cotización especial para ti.

Asun opuso una colorada disculpa.

Le presentó a don Ildefonso. Se la comió con los ojos. Lo cortés no quita a lo valiente.

Murió don Pablo por entonces. Con ese motivo tuvo ocasión de ver al sobrino. Una pelusa de melocotón se le insinuaba en los rinconcillos de la boca, y tenía de muda la voz. Enseñaba unas rodillas descaradas.

—Pero hijo, ¿cuándo te pone tu madre un pantalón largo?

—Ahora, cuando termine «el sexto».

Le abrazó con toda ternura.

—¿Cómo andas de dinero?

—A mi edad, ya te puedes figurar, tía, siempre mal.

—Ten…, pero que no se entere tu madre.

Le dió quinientas pesetas.

—¡Pero fíjate como las gastas, eh!

El chico bajó la cabeza:

—Sí, sí.

No pasó el año cuando murió doña Rita, su madre. Había quedado desarbolada con la muerte del marido y sin apetito de vivir.

Estuvo Pepa unos días en Bilbao con tan triste motivo.

—¿Y a Alfonsito cómo no le has traído?

—No quiere estudiar carrera… Se empeña en ser pintor y le he mandado a un colegio de Londres hasta que pasen unos años…, y si sigue con su manía, pues ya veremos…, que yo tampoco quiero torcer su vocación si es esa…

Le presentó a su amiga Paquita la financiera que andaba aquellos días con la idea de abrir un establecimiento de crédito entre unas cuantas mujeres.

Asun le había disuadido de ello.

—Fundar un Banco nosotras y dirigirlo nosotras, seguro que no nos lo consienten.

—No sé por qué.

—Pues por eso, porque los buenos bocados los quieren para ellos y nada más que para ellos…, y un Banco, si se acredita un poco…, es la locura…

—Pues me cortan mi carrera de gran financiera.

—Déla usted por cortada —le bromeó Pepa.

Muertos sus padres, Asun se encontró con una enorme fortuna. Daba sus últimos chisporroteos de hermosura en un maravilloso y lento crepúsculo. Y se entregó a la codicia como un sucedáneo de tantas cosas. Se lo advirtió a Pepa antes de que se volviese a Madrid.

—Si tú quieres el palacio de Algorta, te quedas con él; a mi no me interesa; yo sola en él me pierdo, y el gasto de sostener una casa así, yo no lo aguanto… Para mí, en adelante, me basta y sobra con una cocinera y una doncella en un pisito.

—Si he de seguir veraneando con mis suegros en Santander, yo ¿para qué le quiero?

—En ese caso lo venderé.

Paquita se ofreció a encontrarle comprador.

—Deja, ya lo colocaré yo, y así me ahorro la comisión que te había de dar.

Se miraron serias.

—Dada la fortuna que tienes, eso no está bien, ni mucho menos.

—Ni que tú fueses una mendiga.

—Pero tengo un pobre hijo paralítico.

Se puso triste Paquita.

—Sé todo lo que quieres a tu hijo…, pero no me negarás que este es un número que haces muy bien.

—¿Cuál?

—No te hagas la boba.

Se contemplaron y acabaron abrazándose sonrientes.

Seguía yendo por Bolsa todas las mañanas, y cogiéndole gusto, cada vez más gusto, al juego de las alzas y las bajas.

—No voy a venir más por aquí —le dijo a Paquita un día.

—¿Pues?

—Porque se le calienta a una la boca y es peligroso.

—La verdad es que esto es una timba como otra cualquiera, movida por los grandes Bancos, que son quienes tienen los hilos…

—Por algo querías tú abrir uno…

—No me lo recuerdes, que no he perdido aún esa esperanza.

Fueron un rato por la Gran Vía, en silencio.

—¿Habrás visto cómo suben todas las hidroeléctricas?

—Sí.

—¿Tú tienes algunos «saltos del Ebro»?

—Unos cuantos.

—Pues te recomiendo que compres los que puedas, porque va a haber ampliación de capital y van a dar por cada tres una… y están a dos mil cuatrocientos.

—Pero al poner más acciones en circulación bajarán mucho.

—No lo creas.

Caminaron sin hablarse.

—¿Son de quinientas las Ebros?

—Sí… Van a hacer un embalse cerca de Zaragoza y necesitan muchos millones para obras y maquinaria.

Se separaron y fueron cada una a su casa a comer.

A pesar de la enorme fortuna que reunía, alrededor de los diez millones de duros, Asun vivía cada vez más triste. Pepa, muertos los padres, no venía por Bilbao. Sólo sabía de ella por alguna carta cuando le enviaba las rentas de los caseríos y le consultaba las obras de reparación a hacer en alguna finca o algún asunto que tenían proindiviso. La tía Adela había también muerto, dejándole a ella casi todo su capital. De Alfonsito supo que había abandonado el colegio de Londres y que, después de permanecer un año en París, ahora, fiel a su vocación, vivía en Roma estudiando pintura… Ya no se acordará de mí —pensaba.

El ocuparse de su fortuna y de su aumento la distraía, pero le iba secando el alma. Para olvidarse de todo se fué hundiendo en la codicia. Vivía casi pobremente para su enorme capital. En casa, antes de ir a la cama, cuando le daba la cuenta la cocinera, tenía siempre la misma cantinela:

—Gastamos mucho, María…; que gastamos mucho para tres gatos que somos en casa.

La vieja cocinera, acostumbrada a oírla todas las noches, ya no la hacía caso.

La cuenta corriente la había disminuido hasta lo inverosímil, para comprar más valores y tener así todo el dinero produciendo.

Le entró la manía de que se gastaba mucho aceite, entonces tan barato.

—El aceite que le sobra de freír un plato, guárdelo usted para freír otro.

—Pero, señorita, así le va a saber a usted la tortilla a la francesa a merluza frita, y la merluza frita, a tortilla…, y eso es horrible.

—Que sepan a lo que sepan, con tal de que no hagan daño y alimenten.

Por las tardes se reunían unas cuantas amigas, alternativamente en la casa de cada una de ellas a jugar al tute «arrastrao». Jugaban con alubias, y a veces se enzarzaban en verdaderas batallas campales. En cuanto podían se hacían trampas. Una de las jugadoras era una mujer, fina y suave de aspecto, Leandra Urdampilleta, casada con un rico naviero algorteño grandullón y fanfarrón. A pesar de ser pequeña, silenciosa y suave le tenía metido en un puño. Se había casado con él a condición de constituir el matrimonio con separación de bienes, y cada uno administraba lo suyo.

—Así da gusto; una sabe de lo que es dueña y lo que gasta…; porque quién no te dice que siendo fea y tan poquita cosa como soy yo, que tu marido no se ha casado por los cuartos.

—Y para los gastos ¿cómo os arregláis?

—El paga todo lo de casa…; yo, nada más que mis caprichos.

—Barata sales pues —le patentizaba Paca—, porque tus caprichos, que yo te conozca, no tienes más que el de amontonar.

Entre ir a la Residencia a misa, y saber qué se había hecho en Bolsa y ver los cambios de la libra y el franco… y su partidita de cartas, y el rosario y alguna novena antes de ir a la cama, se le fueron pasando los años a doña Asunción, como la llamaban ya en las cartas que le dirigía la Banca bilbaína.

En esto le comunicaron que se estaba muriendo su hermana Pepa en Madrid.

Cuando llegó la encontró muerta. Sabía que los últimos años padecía una lesión al corazón.

Alfonsito apareció por allí a los pocos días.

Pasados los primeros momentos de dolor le preguntó.

—¿Cómo van esas pinturas?

—Bien.

—¿Qué piensas hacer?

—En cuanto arregle mis cosas, irme otra vez al extranjero.

El tiempo que le vió no hacía más que mirarle y pensar: «Es igual igual que su padre».

En Bilbao de nuevo, sola, se dió cuenta que no tenía ya defensa contra la codicia y la tacañería.

Ella, tan devota, echaba a las monjitas que iban a su puerta poco menos que con cajas destempladas…

Pero cada mes aumentaba sus paquetes de acciones.

—Por qué no trabaja usted, en vez de estar todos los días a la puerta de la iglesia pidiendo —le abroncó a un pobre cojo que mendigaba en San Vicente.

—Y le parece poco trabajo aguantar a viejas beatas como usted —le replicó.

Se retiró rebufando.

Notábase cada día más agria y desabrida. Enflaqueció mucho, hasta quedarse en los puros huesos. Cobró un aire de vieja garduña.

—Gastamos cada día más; no sé dónde vamos a ir a parar, María; no sé dónde vamos a ir a parar.

—Llame usted a otra a ver si se lo hace más barato —le replicaba muchas veces la vieja cocinera.

—De noche, yo con una verdura y un huevo pasado por agua tengo bastante.

—Pero la chica y yo, que estamos todo el día bregando necesitamos algo más sólido.

—Bueno; tú míralo, míralo, porque con este gasto no podemos seguir…

Y María le guiñaba el ojo a la doncella y se barrenaba el parietal, como diciendo: «Esta vieja está chocha».

Fué por entonces cuando, recontando los miles de acciones de sus valores, le saltó la idea de por qué no habían de ser las mujeres consejeras de las sociedades anónimas, como los hombres, y disfrutar, como ellos, de las pingües remuneraciones de algunos consejos… Hablando con Paquita se lo planteó.

—Un Banco es imposible nos consientan abrir, pero ¿por qué no hacer para que se nos dé acceso a los consejos de las sociedades…? Esto, tal vez,

lleguemos a conseguirlo.

—Qué poco conoces a los hombres; se nos ha consentido votar, después de muchos años de lucha, porque creyeron que votaríamos con nuestros maridos o con nuestros novios, pero al ver cómo nos hemos independizado en el terreno de las ideas, bien que les ha pesado habernos concedido el voto…, pero de sobra saben que si entramos con ellos en el disfrute de los consejos no sería para devolverles las dietas…, y estos miserables con el dinero no quieren bromas.

—Pero hay algunas mujeres consejeros de sociedades anónimas, por consiguiente el camino está ya abierto.

—Sí, pero es en sociedades de tipo familiar.

—En «Tejidos del Ybaizábal» tengo yo dos amigas que son consejeros.

—Por eso las Ybaizábal se cotizan rarísima vez en Bolsa.

—¿Y por qué no llamarlas consejeras?

—No… Yo creo que es mejor consejeros.

—En eso llegaremos a un acuerdo.

—La verdad es que no es justo —se quejó Asunción—, que yo tensa cinco mil treinta y siete acciones de la Gran Papelera y aquí me tienes, y Coldovica, por ser hombre con 280, sea consejero de la sociedad.

—No…, si clama al cielo.

—¿O es que mi dinero no es de la misma calidad que el de Coldovica?

—Es la desgracia de nacer mujer, te juro que si con una pequeña operación pudiera cambiarse el sexo, yo me lo cambiaría.

—Yo no llego a tanto…, pero a que nos admitan en los consejos, sí.

Permanecieron mirándose, serias, vacilantes.

—Se me ocurre una idea… Tú sabes cómo el padre Benítez, gloria de «la compañía», da en la Residencia todos los fines de verano unos ejercicios espirituales: «Sólo para hombres de negocios». A ellos asisten los consejeros de los Bancos y de las principales sociedades… Mi propósito es, primero, hacer un recuento de las mujeres que hay en Bilbao con buena fortuna propia y reunirnos todas…, proponerles el asunto y la aspiración, a la que estoy segura que todas se adherirán.

—¿Cuántas calculas que podemos ser? —inquiere Paquita.

—Alrededor del centenar.

—¿Y cómo vas a enfilar el asunto con el padre Benítez?

—Muy sencillo: le voy a decir que todas las mujeres de la asociación, porque lo primero que haremos es asociarnos, estamos dispuestas a ceder el

10 por 100 de las dietas que nos correspondan desde el día en que entremos en posesión de nuestros cargos de consejeros.

—¿No te parece demasiado un diez… no crees que con un cinco bastará?

—Por Dios, Paquita; cualquier tienda, en día de saldo, rebaja un diez.

—Pero ese diez ¿no será una comisión que le ofrecemos al padre Benítez?

—No, por Dios, que se ofendería y con razón… El diez será para limosnas y para la beneficencia pública… claro es, distribuido por ellos, por los padres de «La Casa».

—Sí, sí.

Al fin, después de ímprobos trabajos y molestias de Asunción, Paquita y Leandra consiguieron reunir a casi todas las ricachonas de la ciudad. Hecho el recuento llegaban a ochenta y nueve. A todas les parecía de perlas la idea de visitar al padre Benítez.

—No le parecerá poco el diez —aventuró la viuda de un carbonero.

—Es que no podemos dar ya más…; si no, ¿qué nos queda a nosotros?

Todas convinieron en no pasar del diez, aunque el buen padre apretase.

Asunción, Paquita, Leandra, la viuda del carbonero y una «birrocha» bigotuda que había hecho de estuario recogiendo como tres ríos padres, tres grandes fortunas, formaron la comisión encargada de visitar al padre Benítez.

El jesuita las recibió muy amable. Era alto, delgado, con ojos grandes y muy hundidos.

—¿Qué os trae por aquí, hijas mías; que os trae por aquí?

—Nuestro caso es, padre, que pretendemos ser iguales a los hombres a la hora del reparto de ciertas prebendas —aventuró Asunción, y…

—¡Ay, hijas!, mientras los hombres hagan y deshagan, serán ellos los que se lleven la mejor tajada… Claro es…

Mientras hablaba tenía en la mano derecha, con la que accionaba, el pañuelo de hierbas.

—Me alegro, padre, haya puesto usted tan rápidamente el dedo en la llaga, porque de tajada se trata, y vaya tajada —cortó brusca Paquita—. A usted le parece bien que yo tenga 2087 acciones de Aceros del Galindo y que no sepa lo que esos señores cocinan en sus consejos, ni cómo administran mi dinero, mientras un «cuitao» como don Raimundo Apodaca, con 173 acciones, se lleva sus buenas pesetas a cuenta mía y de otras como yo.

El padre cambió de postura en la silla, carraspeó un poco y se pasó el pañuelo de hierbas por la boca.

—Vamos… Vamos a ver, hijas, vamos a ver; ¿qué es lo importante, el dinero o la salvación de vuestras almas? Respondedme.

—Desde luego la salvación de nuestra alma —gruñeron las de la comisión.

—Pues si la salvación de vuestra alma es lo importante, qué os importa que los hombres se lleven las dietas de los consejos… si precisamente por no llevároslas estáis vosotras mucho más cerca que ellos de vuestra salvación…

—No nos hemos debido explicar bien, porque no es de la salvación del alma de lo que veníamos a hablar a usted, padre, sino de la salvación de nuestros cuartos y de su mejor administración —aclaró Asun.

—Sí, hijas; me hago cargo, me hago cargo…; pero mi consejo es que no os preocupéis de vuestro dinero y que os alegréis de que esté manejado y administrado por los hombres, porque de ello tendrán que dar cuenta a Dios, y cuenta muy estrecha…, y no sé, no sé la mayoría de ellos cómo van a andar.

«Allí, no sabemos; pero aquí, mejor que nosotras» —pensó Paquita, pero no se atrevió a soltarlo.

Bajaron todas la cabeza, no sabiendo como argumentar. El jesuita se creció:

—¡Hijas mías!, sólo el alma es oro, el dinero es estiércol…; meditad esto y preocupaos por el oro de vuestras almas y desechad lo demás, que es polvo y ceniza… Y ahora arrodillaos en presencia del Sagrado Corazón que preside la sala y rezarle un Credo y un Padrenuestro mientras os doy la bendición.

Se hinojaron, y sobre sus oraciones el buen padre dibujó en el aire, con la diestra, la cruz.

—Y ahora podéis ir tranquilas —las despidió.

Salieron a la calle Ayala bufando.

—No sé si este padre Benítez se pasa de listo o es un chocholo —rugió Paquita.

Asunción y las demás acabaron riéndose.

—Qué suavemente se ha quedado con nosotras —dijo Asunción.

—Y si tomásemos el teatro Amaga y diésemos un mitin «Pro Consejos femeninos» —propuso Paquita.

—La verdad, después de este traspiés… a mí no me quedan ganas de nada —confesó Asunción.

—Pero es que no nos ha dejado plantearle el caso ni llegar al ofrecimiento de la comisión, porque mi idea era decirle que presionase a los consejeros durante las meditaciones de los ejercicios amenazándoles con no darles la comunión si no hacían la justicia de admitirnos en los Consejos…, y para eso venía el ofrecimiento del 10 por 100.

—Claro, claro.

—Que yo siempre te dije era excesivo —subraya Paquita.

Durante una temporada, cuando Asun encontraba en la calle algún consejero de anónima importante se le inyectaban los ojos de rabia. «¡Estos miserables, no los aplastará un camión o se los llevará una pulmonía doble!» —pensaba, pero con el tiempo se fué resignando.

Vivía ya para su dinero y para su caliente codicia. Se le fué secando el semblante, y la nariz, recta y fina, le fué buscando el labio como adunco pico. Un fuego interior de descontento y desplacer le iba comiendo las entrañas… Se le agrió extremadamente el carácter. Era dura y destemplada con el servicio. Por eso las doncellas le paraban poquísimo. La cocinera había sido sirvienta de los padres y eran ya muchos años en la casa y se sentía vieja y le hacía el menos caso posible y así iba tirando. Pero su fama de adusta y miserable fueron las criadas quienes la llevaron a las tiendas, que son un poco confesonario de la ciudad, y de los comercios suben las noticias, abultadas, a todas las familias dé un censo.

El piso que tenía en Algorta para el verano lo abandonó. Y cuando las amigas le bromeaban:

—Por Dios, Asun, no creo que tus asuntos vayan tan mal que te exijan reducir gastos de esa forma.

Contestaba:

—A media hora de tren de la casa de invierno, otra para el verano, no os parece mucho lujo como están los tiempos…, además que a la vejez sienta bien el calor.

—Los tiempos no pintan del todo mal para ti, y no creo tengas que dar muchas explicaciones a tus hijos —le chinchaba Paquita.

Que le aludieran a los hijos que no tenía, le sacaba de sus casillas.

—¡Hijos, hijos!…, para qué quiero yo hijos, que no suelen traer nunca más que quebraderos de cabeza… ¡Uf! Bien tranquila estoy yo sola, sin nadie que me moleste.

Pero la procesión iba por dentro.

A las nueve, en invierno, muchos días estaba acostada, y rodeada de papeles, talones y cuadernos echaba sus cuentas y se regodeaba con la dimensión que iba adquiriendo su fortuna. Su fama de millonaria avarienta se había ya extendido por la ciudad. Paquita le había dicho muchas veces:

—Asun, hija, tienes una fama…; por más que te defiendo por ahí… La verdad es que lo menos que dicen es que eres una bruja.

—Ya salió la palabra bruja —rugía Asun, defendiéndose.

Pero la verdad es que las pocas veces que se veía en el espejo se lo parecía: «¡Me he quedado ya como una bruja…, parezco una bruja…, soy una bruja, sí, una bruja!». Y una desolación inmensa la corroía.

¿Y para qué esta vida que llevo, Señor, para qué? Este tener hoy, cinco; mañana, nueve; pasado, treinta, ¿para qué, Señor, para qué?

Su mala fama, por bien ganada, la enfurecía.

Dejó en absoluto de ir por la Bolsa y daba las órdenes de compra y venta por teléfono. Hasta probó a ser más generosa con el pedigüeñeo de la puerta… Pero es que no le salía, y sufría, sufría horriblemente dando. Su cuenta corriente oscilaba entre siete mil y ocho mil pesetas. Una vez que alcanzó los dos mil duros creyó morir. Y aunque era más incomodo y menos señor, quitó la cuenta corriente y abrió una cartilla de ahorro porque daba un dos de interés. Ella misma iba con su cartilla verde en su sobre color barquillo a sacar sus cuartitos, porque al gran dinero que le llegaba en oleadas no le consentía minuto de reposo, y en seguida lo ponía a trabajar como a un forzado.

Se aconsejaba de todos los directores de Banco y de todos los técnicos y gerentes y capitanes de industria, y luego hacía lo contrario de lo que le habían aconsejado… y acertaba. Pero muchas noches, al ver cómo crecían, casi oceánicamente, sus enormes riquezas, le escocía como un remordimiento, y el alma toda se le llenaba de un desplacer hondísimo.

«¿Y todo esto para qué, Señor, para qué?».

Pero eran instantes brevísimos, porque en seguida se le empenachaba el espíritu de codicia y deseaba:

¡Más! ¡¡Mas!! ¡¡¡Más!!!

Fué en el «Correo del Norte», donde el corresponsal de Madrid daba la noticia de que Alfonsito había abierto una exposición de sus cuadros.

«Y está en Madrid y ni siquiera ha sido capaz de poner dos letras a su tía, que soy lo único de la familia que le queda…; no digo venir a verme que es lo que debía haber hecho».

Fueron unos días en que casi no se acordó de su dinero y se los pasó pensando en él.

«Cómo estará de salud este hijo; porque en el extranjero, un hombre como él y con dinero, viviendo solo…, Dios mío, no quiero ni pensar en los peligros que le acecharán… Y que ya no es un niño».

Por los de ella, sacó los años del sobrino.

El corresponsal escribió días después: «que el gran pintor bilbaíno Alfonso Echevarría, tan cotizado en el extranjero, había cerrado su exposición después de vender numerosos cuadros y obtener un gran éxito entre la crítica más exigente».

La pobre tía Asun se emocionó.

«Pero ni siquiera un telefonazo, o unas líneas indicando que la recordaba».

Paquita fué la que le advirtió.

—Pero ese sobrino tuyo has visto, debe ser un pintorazo por lo que dicen los periódicos.

Se hizo la que no le importaba nada todo aquello, como si estuviese reñida con aquel ingrato. Pero su presencia en Madrid durante una temporada, sin que tuviese para ella ni el más leve recuerdo, la conturbó enfermizamente. Es más, habían hablado con él varios amigos de Bilbao y ni por cumplido les preguntó por ella. «¡Ay, estos hombres. Dios mío, estos hombres…! ¿Pero de qué levadura están hechos los hombres?».

Lloró mucho aquellos días. «¡Qué vida más triste es la mía, Dios mío, qué vida más triste…!».

Pero como falso consuelo de todo lo que no llegaba tenía la codicia, y volvió a encenagarse en ella, si cabe con más violencia. Una mañana, después de un altercado con la doncella, sobre si había enlucido bien o no los dorados la echó a la calle. La cocinera, al darle aquella noche la cuenta, le advirtió:

—Tenemos que traer otra muchacha, señora.

—Siga usted en su puesto sin preocuparse de eso, que por ahora estamos bien las dos solas: no quiero más mocosas, que lo único que piensan, cuando yo doy media vuelta, es en irse emperifolladas a la esquina a tontear con el novio.

—Pero es que así va a andar todo manga por hombro.

—Ya la echaré yo una mano.

Quedó María mormojeando.

—Bueno, váyase a la cocina sin protestar, porque si no prescindiré de usted también y me quedaré sola…

Y lo tremendo es que lo decía de todo corazón.

Pasó unos años de sequedad y amargura desolantes. Ni en las prácticas religiosas, ni en su vida vulgar, siempre la misma, hallaba consuelo a sus pesares.

«¿Y todo esto para qué, Dios mío; todo esto para qué?». Con los años se erizó de manías, haciéndose insoportable. Fué retirándose de toda sociedad y apenas si se trataba con nadie más que con su confesor.

Vivía escondida, casi avergonzada de su descomunal fortuna. Pero ya no podía con sus tristezas ni con sus remordimientos y le pedía a Dios en sus oraciones que se la llevara.

«¡Qué hago yo aquí, en este mundo, Señor, sino estorbar, ocupando un lugar que debe ser para un alma más joven y menos amargada… y sufrir. Señor, sufrir cada día más. Aunque tengo miedo, llévame, Señor, llévame!» —le había pedido en la comunión aquella mañana.

Tenía pavor a los inviernos de noches largas y duras en las que inevitablemente tropezaba, con los fantasmas de sus recuerdos y un afán de cesación de la conciencia le hacía desear ya la muerte.

«¡Estoy cansada, Señor, cansada, muy cansada!».

Mañana de diciembre, lluviosa y cruda; el viento sacudía las contraventanas. Hacía un rato que doña Asunción había vuelto de misa. Llegó tiritando, toda mojada. Habíase cambiado de ropa y…

—Cuidado… esas puertas —le había advertido a María.

La cocinera está ahora delante de ella con un vaso de leche caliente. La contempla como compadeciéndola.

—¿Qué vamos a comer hoy, señora?

—¡Qué vamos a comer! ¡Qué vamos a comer! No pensáis más que en llenar la andorga…

—Bueno, ya me lo dirá si quiere antes de ir al mercado.

Suena el timbre de la puerta.

—A ver quien es —le ordena.

Está sentada a una mesa redonda, en una butaquita baja. Ha empezado a tomar la leche, pero no tiene ganas de nada.

—¡Señora, es su sobrino, el señorito Alfonso! —grita desde el vestíbulo María.

Se quiere levantar y salir a abrazarle, pero no puede.

Está él ya delante.

—Hola, tía.

La tía llora con los ojos bajos y la cabeza clavada en el pecho.

—Hola hijo.

Ahora le escruta a través de las lágrimas.

Le encuentra cansado y viejo para sus años.

—Siéntate y toma algo caliente —le dice.

Se acomoda nervioso sin saber cómo romper.

—¿De dónde vienes? —le pregunta sin mirarle.

—De todo el mundo…; he andado un poco por todas partes.

—Tienes mala cara.

Se hace un silencio agobiante. En seguida ella lo quiebra.

—Llevas aquí no sé cuánto tiempo y ni siquiera me has dado un beso.

Se alza y le acerca los labios a una mejilla.

Cuando se va a separar le echa los brazos al cuello.

—Pero tantos años, tantos años… ¿por dónde has andado, hijo, por dónde has andado?

Siente el temblor de su pobre cuerpo y la humedad salobre de sus lágrimas y nada le responde.

—Y como si lo viera, vendrás para unas horas.

—Vengo para siempre, a no ser que me eches tú.

—Echarte yo, echarte yo… ¿pero qué dices…? ¿estás loco?

Tiene la cabeza de él entre las manos y la besuquea en los ojos en los oídos, en las mejillas, en la frente… No puede más y le abandona y se recuesta en la butaca y le suplica.

—Por favor, vete, ahora vete, vete.

El corazón le golpea como un pájaro que se ahogara.

«¡Dios mío, qué felicidad, qué felicidad…! ¡Gracias, Señor, gracias!

—Esas gotas, María esas gotas…; dame esas gotas.

Se las trae con un poquito de agua y las bebe, y se siente mejor. Alfonso se ha cambiado de ropa, se ha lavado y afeitado y está otra vez junto a ella.

—Dime la verdad ¿por qué te vienes conmigo?

—Porque estoy arruinado.

Le sostiene la mirada penetrándole hasta el tuétano de su alma… Luego dice:

—Me alegro.

—No, no te debes alegrar.

Le toma la mano y le recalca:

—Sí, sí; así no me dejarás nunca.

—No te apures tía; vengo cansado, muy cansado: como un barco viejo con ganas de varar.

—Tienes poco más de cincuenta años.

—No importa, todo lo que me pueda dar la vida me lo ha dado ya con creces.

—¿Y tu pintura y tus éxitos?

—Mentira todo: de ahí han venido mis males… soy uno de tantos artistas insuficientemente dotados… y no es el orgullo de no ser un Goya o un Velázquez, porque me hubiera contentado con bastante menos…

—Pero los periódicos decían que si eras…

—No creas nunca a los periódicos.

—¿Y la vocación qué tenías?

—Me falló en cuanto se dió cuenta de mis pobres medios expresivos.

—¿Y qué hiciste?

—Vivir atolondradamente; mientras he sido joven, bien plantado y con buena salud y mucho dinero… París, Costa Azul. Italia, Suiza, Grecia… el Oriente… esa ha sido mi vida.

—Pero tu fortuna era muy grande.

—Qué quieres, las buenas mujeres y las mesas de juego son insaciables…

Se vuelve intentando sonreírse.

—Hay unos versos muy graciosos de un poeta:

«Vino, juego y mujeres,
tres placeres a los que mi existencia consagré:
desoyendo consejos y deberes,
de beber y jugar me retiré,
de lo otro no, de lo otro ¿para qué?,
ya me irán retirando las mujeres».

—Por lo visto a ti…

—Sí… a mi edad… y sin dinero.

—Eres el demonio.

Se alegra de verle viejo y vencido. Luego mira al Sagrado Corazón que preside la sala, y le susurra:

«Gracias Señor por habérmelo devuelto fracasado y roto…». Pero al tropezar su vista con la de él, baja la cabeza avergonzada.

—¿En qué piensas? —le pregunta Alfonso.

—¡Ay, qué vida esta! —suspira.

Se miran muy serios.

—Bueno… ¿y cuál es tu idea?

—Vivir junto a ti aquí, en el pueblo, hasta que me muera… Mamá me decía siempre:

—Si el día de mañana te pasara algo y no estoy yo, y vive la tía Asun, tú vete en seguida donde la tía Asun, que ella te arreglará todo y te dará lo que necesites… que la pobre tía Asun te quiere a ti con locura…

—Calla, hijo, calla; no sigas… por favor… ¿no ves cómo estoy?

Observa como estrangula los sollozos y la ve romper al fin en un mar de lágrimas, y tomándole emocionado la mano le suplica:

—Perdóname tía, perdóname.

Le contempla endichecida.

—¿Cuándo te dijo eso tu madre?

—Me lo decía siempre.

—Pero esto que no te sirva para abusar de mí.

—Que cosas tienes, tía.

—Bueno, ahora vete por ahí a dar una vuelta.

Cuando le vió salir apoyó la frente en las dos manos y cerró los ojos. Sintió como un río poderoso subirle por el cuerpo. Todo se le hizo frescura en la concha del corazón.

—María, María —llamó.

—¿Qué quiere la señora?

—Ahora, cuando vayas a la compra dile a Luisa, la de la tienda de ultramarinos, que trate de proporcionarnos un par de chicas buenas, para doncellas.

—Con una tenemos bastante.

—Tú oye y calla… que no sean muy jóvenes y nada de chicas muy vistosas, que los hombres en cuanto tienen una mujer vistosa alrededor, por muy cansados que lleguen… ¿Me has entendido lo que te he dicho?

—Sí, señora.

—Bueno, ahora vete.

Mando decorar la casa. Dió una vuelta a todo. Intentó cambiar la alcoba del sobrino por otra de muebles más modernos.

—Por Dios, tía, si yo estoy bien con cualquier cama, con tal que las almohadas sean de pluma y el colchón de los antiguos.

—Tú calla y deja.

—Si sé que te iba a dar este quehacer con mi llegada, no vengo.

—Pero no ves que gozo y disfruto con todo esto.

—En ese caso…

Se miran a los ojos.

Con la incorporación del sobrino a su vida, doña Asunción adoneció satisfecha. El salobral estepario de su cuerpo, se sintió navegado de venas de ternura. Fué toda ella como un continente reverdecido…

Salía a la calle pensando siempre en lo que podía adquirir para mejorar la comodidad y confort del sobrino. Todo le parecía poco para él.

Paquita y las amigas la observaban ahora asustadas.

—Mujer, desde que te ha llegado el sobrino estás que lo tiras.

—Es que a estos hombres —suspiraba— no sabe una cómo tenerlos contentos.

Una tardía y dulce maternidad barnizaba sus ojos con brillos nuevos.

En casa estaba pendiente de él como si fuese un niño de tres años.

—Esas, ventanas. María, por Dios; ciérreme esas ventanas.

Le espiaba a la mesa.

—Sírvete más, que no comes nada, hijo, y para estar fuerte…

Cuando salía a la calle estaba siempre pendiente:

«Lleva el paraguas, que amenaza lluvia… O échate el abrigo encima que hace frío».

Eran cuatro mujeres para cuidarle, para adivinarle el más nimio deseo.

Una mañana se quedó en la cama.

—¿Qué te pasa? —le preguntó alterada la tía.

—Que estoy cansado, muy cansado.

En seguida le tomó la temperatura.

—Tienes unas décimas.

—Te aseguro que no es más que fatiga, ganas de estar tumbado y quieto sin pensar en nada, sin hacer nada.

La miró.

—Siéntate ahí y escucha: he vivido demasiado aprisa estos veinticinco últimos años… y estoy con los bofes fuera… créeme, no tengo otra enfermedad.

Pero como al día siguiente continuase la fiebre, llamó al médico.

—No molestes a nadie —le dijo él.

Pero trajo otro médico y luego otro y luego…

—Es un agotamiento general; se percibe por el estado del organismo que ha vivido con una enorme violencia. Tiene todo bien, pero muy trabajados: corazón, pulmones, hígado.

Así opinaban los doctores.

—¿Pero hay peligro inminente de un desenlace? —preguntó casi muerta.

—Ca… es un organismo de acero…; todo depende de la vida que haga en adelante.

—Ya oyes —le recalcó en un trémolo cuando se fueron los médicos— que todo depende de la vida que hagas en adelante.

—No te apures, me he dado ya por vencido —le sonríe.

A los pocos días se trasladaron a Neguri, donde la tía había alquilado un chalet con jardín. Eran los últimos días de abril y escapaban de las fiestas del dos de mayo.

—Allí estaremos más tranquilos hasta el invierno —habló ella.

Al principio se pasaba lo más del día en una «chaise-longue» al aire libre.

La tía le hacía compañía muchos ratos con una labor. Cuando se quedaba solo vacaba a sus recuerdos, o leía.

—¿Qué tal te encuentras aquí?

—Bien; no tiene más que un defecto la casa, que no se ve desde ella el mar.

—¿Tanto te gusta?

—Sí, el mar es a la vez un revulsivo y un sedante.

Al poco tiempo de esta vida sana y tranquila se encontró mejor y más entonado.

Al atardecer salía con la tía de paseo. Generalmente se ponían por límite el faro del contramuelle.

Iba con él como una madraza feliz.

Él solía tener grandes silencios contemplando el mar.

Le trataba como a un crío:

—No te detengas tanto, que te vas a quedar frío.

Se ufanaba de que le vieran con él, y los saludos de las gentes conocidas la estremecían de placer… casi los buscaba como un aplauso.

Una tarde merendando en el jardín él hablaba:

—La verdad es que a mí me gustaría mucho vivir todo el año en el Abra… en una casa así como esta, pero desde la que se vea el mar.

Le contempló recogiendo su deseo.

—Para mí, el invierno aquí sola en un chalet me hubiera resultado un poco desamparado…, pero ahora, contigo…, con un hombre en casa…

Le miró embelesada.

Nada le insinuó de lo que pensaba hacer. Su idea era rescatar el palacio de sus padres del que se deshizo en un mal momento.

—La verdad es que no he pensado en venderlo —le dijo el nuevo dueño —; ahora, si usted me lo paga muy bien…

—Estoy arrepentida de su venta y le pagaré lo que sea… dentro siempre de mis posibilidades…

—Si hemos de hacer caso a las gentes, sus posibilidades son inmensas.

—No lo crea usted.

La vió con tal deseo de adquirirlo que el poseyente se aprovechó.

Pagó sin pestañear el triple de lo que les habían dado a ellos.

Todo le parecía poco para el sobrino.

El palacio se alzaba en lo alto de Algorta dominando el puerto. Al salir de adquirirlo lo contempló emocionada. Se le puso de pie toda su infancia dentro del corazón. «Que vieja soy…» —pensó.

Rondaba ya los ochenta años. Pero se sentía más ágil, más fuerte, más segura de cabeza y de estómago que nunca. Algo como una corriente de aguas de vida le hormigueaba bajo la piel tensa y sonrosada, y en los ojos le retozaban brillos milagreros…

Y es que ahora vivía en toda su plenitud.

Cuando le manifestó había comprado el viejo palacio de la familia, él se acobardó.

—Pero qué disparate has hecho tía… a qué meterte en ese enorme gasto… si tú y yo vivimos muy bien en cualquier chalet y si me apuras un poco en un piso.

—Cada cual tiene la obligación de vivir según sus medios…

Ahora le mira con una dulce violencia.

—La vida no se repite nunca, nunca, y yo estoy en el postre…, y con quién me puedo mejor gastar lo que tengo sino contigo, hijo, contigo.

Hay en sus palabras una queja agoniosa.

Se fueron a vivir en seguida al palacio y lo amuebló y vistió con todo esplendor.

A él la vista a todas horas del mar le rejuveneció. A veces lo pintaba, y a veces lo contemplaba largamente. Muchas veces sobre lo pintado, pintaba otra vez.

—Pero por qué haces eso si ese cuadro era tan bonito y estaba muy bien.

Él se reía.

Después de cenar se retiraba siempre la última. Pasaba por el cuarto de él, ya acostado, y le daba un beso.

—Antes de dormirte rézale tres avemarías a la Virgen de Begoña —le pedía.

Era feliz. «Dios mío, te doy las gracias por habérmelo devuelto dándome, con él, esta vejez dichosa y satisfecha».

Su vida tenía ya un motivo, un porqué y para qué.

Estuvo subiendo a Bilbao varias mañanas.

Una tarde, tomando café en el jardín, le advirtió.

—Escucha; he puesto toda mi fortuna a tu nombre.

—¿Y si te resultase un fresco?

—No me importa.

—¿Por qué has hecho eso?

—Para evitar los derechos reales.

—¿Qué pensará la gente cuando se entere?

—No me preocupa… ¿Pero para quién puedo yo querer lo que tengo… todo, todo lo que tengo sino para ti?

—Si, pero muchos creerán que te he forzado yo a ello.

—No te preocupes, que crean lo que quieran.

Se le quedó mirando.

—Yo ya estoy muy vieja, cualquier día me da un patatús que me lleva, y quiero dejar arreglado todo.

Aquel año tuvieron un verano excepcional.

En los anocheceres, mar y cielo se tensaban tibios y cristalinos. Era tan generoso el aire que a veces les sorprendía la oscuridad en el jardín.

Fué una de aquellas noches cuando le dijo.

—No me gustaría morirme sin ver los Santos Lugares, y recibir la bendición del Santo Padre… ¿Tú me acompañas?

—Claro que sí y entusiasmado.

Prepararon el viaje y salieron a principios de septiembre. La tía Asunción iba gozosa e ilusionada. En la ficha impresa de los hoteles, en la sección de: Estado, escribía: Viuda…

Era el mejor viaje que puede hacer una mujer anciana… el viaje con el hijo, porque Alfonso era el hijo que debía haber sido de ella, y que circunstancias de la vida hicieron naciese de la carne de su hermana, pero que Dios se había llevado sus padres para que ella lo tuviese a su vera los últimos años y no muriese siendo una madre frustrada del todo…

Durante el viaje fué recordando su antiguo noviazgo con Alfonso… Se veía casada, y ya muerto él, con aquel hijo que ahora llevaba con ella.

Todo el viaje fué un disparatado sueño y una sorpresa junto al «hijo»… «Cómo hubiera gozado su padre en este viaje, los tres juntos… de no haber muerto» —pensaba. Tierra Santa, del brazo del «hijo», la emocionó. Cerraba los ojos y le daba gracias a Dios de tanta felicidad. «Por aquí anduvo el Señor, por aquí, por donde camino yo con mi hijo, pasó Él en carne mortal».

Esto la llenaba de una satisfacción embriagadora.

Ya en el Vaticano, bajo la bendición del Papa creyó morir de dicha. Agarrada al brazo del hijo le pedía:

«Llévame, Señor; llévame, llévame ya».

Volvió del viaje alborozada y gozosa. Una ventura permanente le electrizaba la carne. Fueron años de goce continuado junto al hijo, los que vivió.

Algunas veces él la objetaba:

—Pero tía Asun, tienes que ser viejísima… juzgando por mi…

—Si que lo soy: casi me da vergüenza confesar los años que tengo, habiendo tantos que mueren tan jóvenes… Eso he de agradecerle a Dios, esta vejez tan dulce y larga, que me ha dado de premio junto a ti…

Él bajaba la cabeza confundido.

Fueron años de dulce locura.

Se decía viuda de Alfonso y presentaba el sobrino como hijo suyo.

—Si mi pobre marido viviera —solía exclamar muchas veces. Llegó a convencerse de que lo que decía era la verdad.

Tenía el retrato del «marido» encima de la mesilla, y todas las noches se despedía de él con las más expresivas palabras. Durante el día se producía ilusionada.

—Hijo. Alfonsito, ven aquí.

Le llamaba como en la remota niñez.

Él que sabía todo se dejaba hacer gustoso.

Y una madrugada, satisfecha y harta, porque también la felicidad y la dicha tienen su hartura, tía Asunción se murió la pobre, más que de vejez, de gusto… que es de lo que no mueren casi nunca los españoles.

F I N

PARA SUSCRIBIRSE A

"LA NOVELA DEL SABADO"

EN

Albacete.
Alcázar de San Juan.
Alcoy.
Algeciras.
Alicante.
Almería.
Almodóvar del Campo.
Badajoz.
Baeza.
Bailén.
Benavente.
Briviesca.
Benicarló.
Cáceres.
Cádiz.
Calahorra.
Campo de Criptana.
Caravaca.
Carballino.
Valdepeñas.
Valladolid.
Vélez-Málaga
Zamora.
Zaragoza.

o en cualesquiera de las plazas en que tiene sucursal el

BANCO ESPAÑOL DE CREDITO

podrá usted hacerlo ingresando su importe con destino a la cuenta de la "Novela del Sábado" en la Central del

BANCO ESPAÑOL DE CREDITO

EN MADRID


CHLORODONT
EL GRAN
DENTIFRICO
MUNDIAL
PROTEGE Y EMBELLECE
SU DENTADURA
dos productos seguros para todos !
LEOCREMA
PROTEGE Y
EMBELLECE
SU PIEL
Ud. la emplea en Verano
y la empleará en Invierno

Donde hay hombres...

hay

ASPIRINA

EL REMEDIO DE FAMA MUNDIAL

Contra los dolores de cabeza y de muelas, resfriados, gripe y reumatismo.



COMPLETAMENTE INOFENSIVO
NO ATACA AL CORAZÓN



JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI

Nació en Portugalete, puerto y puerta de Bilbao, a comienzos de siglo. Empezó a escribir, muy joven, cuentos y novelas. Es Premio Fastenrath y Hermanos Alvarez Quintero, ambos de la Real Academia Española, y Premio Nacional. Ha escrito varias novelas: "El barco de la Muerte", "La quiebra". "El supremo bien", "Esta oscura desbandada", etc... Próximamente saldrá, "La vida como es".

PRECIO DE ESTE EJEMPLAR PTAS. 6



JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI Y LOREDO (Portugalete, Vizcaya, 1900 - Madrid, 1982) fue un novelista español. Autor de gran fecundidad, su obra se adscribe a un realismo tradicional. Fue miembro de la Real Academia Española desde 1957.

Tuvo fama de gafe, fuere lo que fuere, lo que resulta evidente es su carencia de prestigio. Tuvo, sin embargo, una presencia importante durante los años 40 y 50 del pasado siglo hasta el punto que, pese haberse iniciado en el decenio anterior a la guerra civil y haber recuperado la narración realista junto a su coetáneo Ramón J. Sender, no se lo considera habitualmente miembro de la generación del 27, sino autor de la primera posguerra.

Obtuvo dos veces el Premio Nacional de Literatura, por *La úlcera* (1948) y por *El premio* (1962), además de otros galardones, como el Fastenrath, (1943), de la Real Academia Española. Era requerido con frecuencia para que opinase sobre la vida literaria, y sus novelas se sucedieron una tras otra hasta hacerlo merecedor de un sillón en la RAE el mismo año, 1957, que Cela. Sucedió a Pío Baroja, que había sido precisamente el patrón por el que midiera su propia narrativa y sobre quien pronunció su discurso académico.

Su descrédito no puede argumentarse porque fuese un escritor surgido de la España vencedora en la guerra civil, pues otros también lo fueron y resistieron al tiempo (Cela, Torrente), ni porque su obra se alejase de los problemas

reales, pues en 1956 defendía con fuerza la necesidad de una novela social. No se tiene en cuenta cómo fue castigado por la censura ni su distanciamiento paulatino del franquismo. EL PAÍS, en la necrológica, recordaba cómo Zunzunegui pidió públicamente la abstención en el referéndum de 1966 e, incluso, llegó a decir que no merecía respeto un régimen que trataba a los escritores como carreteros.